
SECCION DOCTRINAL ⁽¹⁾.

DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

No la hay más eficaz, que la Religión católica. Las familias se componen de individuos, que ó son padres ó hijos, amos y criados: los pueblos, de familias, ora de superior posición, ora de mediana, ora de ínfima; y por último, las naciones, de pueblos más ó menos numerosos. El todo será según sean las partes. No admitimos la abstracción no poco general, que oímos hacer, de que uno puede ser malo en su vida privada y bueno en la pública. Creemos firmemente, que la inmoralidad individual ha de traspasar necesariamente á los actos sociales. No elegiríamos jamás para ejercer funciones públicas á ninguno que llevase una vida manchada privadamente.

Una institución que sea la mejor defensa del individuo, de la familia, del pueblo, de la provincia, del reino, lo es también de la sociedad; y tal es la Religión católica. Su influencia es admirable para el hombre pensador, que no encuentra palabras para encarecerla y panegirizarla. Pretender decir en este artículo cuanto la materia ofrece, sería una pretensión tan insensata, como la de empeñarse en hacer un buen compendio de todas las apologías que se han escrito de la Religión católica. Contentémonos, pues, con bosquejar, y á grandes rasgos, este tan delicioso como inmenso panorama.

La Religión influye en el individuo.—Esta es la primera y más principal de las influencias; porque dadme hombres

(1) En este cuaderno damos á nuestros suscritores 8 páginas de aumento.

buenos, y yo os daré familias, pueblos, provincias y reinos buenos. Para conocer la influencia de la Religion en el individuo, basta considerar que ella, y sólo ella, tiene la singular virtud de atacar al hombre dentro del mismo hombre: penetra en los actos de su voluntad, querer y no querer. Forma su conciencia, juez invisible, inapelable, cuyo fallo está pesando constantemente sobre su ánimo, declarándole si obra bien ó mal, y sentenciándole á recibir premios ó castigos. Podrá el hombre burlar la vigilancia de todas las policías, el celo de toda autoridad; podrá romper las cadenas con que está aprisionado, y evadirse de los calabozos más seguros y mejor custodiados; pero no podrá nunca lanzar de sí al incorruptible fiscal de la Religion, que es la conciencia, que le acusa ante el justo tribunal de Dios, no sólo de sus obras, sino tambien de sus intenciones y pensamientos. La Religion, pues, obra inmediatamente en la raíz de las acciones humanas, que es la voluntad, y en el origen de ellas, que es el pensamiento. El hombre, primero piensa la obra, despues la quiere, en seguida la ejecuta. Las leyes humanas, sus premios, sus castigos, sus cadenas, sus calabozos, sus verdugos, en tanto corrigen al hombre, en cuanto le sujetan é imposibilitan exteriormente como acto de fuerza mayor; pero nada mudan en el interior del hombre. Tan criminal queda un delincuente ántes como despues de cumplir su condena, si no viene el arrepentimiento, que es la aceptacion de la pena con propósito de la enmienda, y esto es obra de la Religion. Pero el célebre ateo Bayle, dice: « que la Religion, ni inspira la virtud, ni previene el delito, puesto que á pesar de ella hay pocas virtudes y muchos vicios.» Á este débil argumento contestaremos nosotros con las palabras de Montesquieu en su *Espiritu de las leyes*, cap. II, lib. XXIV: « *Si la Religion, dice, no es motivo para reprimir los delitos, porque no los reprime siempre, tampoco lo serán las leyes civiles, porque tampoco los reprimen siempre.* » En todos los países civilizados rigen unos mismos códigos penales, más ó menos duros, con penas más ó menos rigurosas, y sin embargo, varía considerablemente la criminalidad. ¿Cuál es el barómetro de ésta? La moralidad, ó lo que es lo mismo, el senti-

miento religioso; luego la Religion influye mucho más eficazmente que las leyes humanas; toda vez que en razon directa ó contraria de aquélla está la virtud ó criminalidad de un pueblo, nó en razon directa ni contraria de éstas.

Si penetramos en el fondo de la Religion católica, y examinamos al hombre abroquelado con los medios de defensa que aquélla le ofrece, entónces encontramos ya un casi bienaventurado en medio de este valle de miserias y tribulaciones. Con la gracia divina que le sobrenaturaliza, y no sólo le dá un libre y voluntario *querer*, sino tambien un fuerte *poder*, y una ardiente caridad que es una misma cosa que la gracia, segun unos teólogos, ó su compañera inseparable, segun otros, no hay para él ya males en este mundo del infortunio. Ese hombre pertenece verdaderamente á la naturaleza *reparada*. Para él padecer es gozar: si está enfermo, bendice á Dios, que le otorga un medio de purificarse, de merecer y de preservarse; si es rico de bienes, nunca lo será de corazon; sin apego á ellos, los depositará en manos del indigente, para formar su tesoro en el cielo; si es pobre, dará mil gracias al Supremo Hacedor, porque le libra de los peligros á que le exponen las riquezas; de modo que en todas las circunstancias de su vida estará contento y alegre, porque en él se cumple la voluntad de un Padre celestial, único que sabe lo que nos conviene. Le abruman grandes desgracias, pérdidas irreparables, y con valiente abnegacion, ofrece el grande sacrificio de la resignacion; aunque sea herido en el honor, exclama con el salmista: — «*Señor, me habeis hecho un gran bien, porque me habeis humillado.*» Al terminar este punto, naturalmente nos acordamos del infeliz y cobarde suicida; cuyo espectáculo terrible se nos presenta con tanta frecuencia, siendo su única y verdadera causa la ausencia de los principios religiosos, sin los que son insoportables aquellas desgracias. Y no reconoce otro origen la detestable institucion del duelo: ese monstruo moral, tolerado y aun reglamentado por legislaciones que mentidamente se llaman ilustradas, que ponen la autoridad pública en manos de personas privadas, en que suele salir castigado el inocente; que de ningun modo lava la injuria, y en que, por último, la

sancion de la justicia se fia totalmente á un juego de azar y suerte. Dejemos esta materia, acerca de la que casi valiera más no decir nada que decir poco, y la ilustracion de nuestros lectores comprenderá, á no dudarlo, que este artículo no puede ser más que de breves apuntes.

La Religion influye en la familia.—El matrimonio es el que con pocas excepciones constituye la familia, porque es el estado natural del hombre y la mujer. El matrimonio cristiano es el único que forma la familia con la posible perfeccion en lo humano. Dios lo instituyó en nuestros comunes progenitores Adán y Eva sin la detestable poligamia ni la repugnante poliviria, con las que ni puede haber paz y dignidad, ni educacion de la prole. Dió un solo hombre á una sola mujer, y al contrario. Es una observacion constante, confirmada por la experiencia, que el matrimonio va perdiendo los honores y prerogativas que le son propias en razon inversa de como la religion de los casados se separa de la cristiana. Las religiones sensuales han tenido que establecer la clausura y esclavitud de la mujer, para neutralizar los necesarios efectos de la poligamia. Es imposible la libertad y potestad materna en la reunion de muchas mujeres. Al contrario sucede en la union monógama del cristianismo. En ella el hombre es el jefe, la mujer su vicaria, no es ni su criada ni su esclava: es la segunda jefe, sacada por Dios, no de un hueso de la cabeza ni de los piés, sino del centro: no es la cabeza para el mando supremo, tampoco los piés para el desprecio; es el poder medio, esto es, el primero, despues del supremo. Si de aquí pasamos á meditar los derechos y deberes recíprocos de los unidos por Dios en santo matrimonio ¡ah! qué cuadro tan bello se nos presenta á la vista! La procreacion de los hijos, su educacion, el mutuo auxilio de la vida son sus fines esenciales, y con esto está dicho todo. Si por fin consideramos que Nuestro Señor Jesucristo le elevó á la alta dignidad de Sacramento, como uno de los siete grandes medios que instituyó para aplicarnos los frutos de su redencion, haciendo una sola persona del hombre y la mujer, como lo era Él y su Santa Iglesia; no podremos extrañar que San Pablo le llame el gran Sacramento.

Así como lo blanco sobresale más poniéndolo cerca de lo negro, así también se apreciará más la bondad del matrimonio católico comparándolo con el de las religiones católicas. En el gentilismo romano las relaciones entre marido y mujer eran una burla. Al propio tiempo que se constituía por los modos más denigrantes de conarreación, coempción y uso, haciéndose por los dos primeros la mujer no sólo hija de familia del marido, sino también esclava; se disolvía por el repudio del marido y por el mutuo disenso de ambos cónyuges, ley establecida por el emperador Anastasio, y que confirmada por varias novelas, y derogada por otras, quedó vigente perpetuamente por la del emperador Justino; y por supuesto que se disolvía el vínculo, pudiendo los divorciados contraer nuevas nupcias. Con poco que se medite sobre la solubilidad de la voluntad humana, cualquiera comprenderá cuál sería la suerte de la mujer é hijos con tan frecuente variación de sociedad conyugal. Todo el mundo sabe que en las religiones sensuales de los países cálidos, la mujer no tenía ni tiene otra consideración que la de mero instrumento de placer, indispensable para satisfacer una necesidad natural del hombre. Los publicistas ponen como una de las principales causas de la caída del Imperio de Occidente aquella viciosa organización de la familia; así como también lo es en Asia y África la de esa perpetua inamovilidad en la barbarie, sin dar un paso durante siglos y siglos en la carrera de la civilización, á pesar de la proximidad de algunas naciones á los pueblos cultos: somos de la misma opinión que aquellos publicistas. De aquí provino indefectiblemente, que entre los romanos se hiciese tan odioso el matrimonio, que fuese necesario publicar la ley Julia Papia Popea de *maritandis ordinibus*, cuyos treinta y cinco capítulos premiando unos á los que se casasen, castigando otros á los que no lo hiciesen, y prohibiendo el matrimonio á las mujeres de 50 años y á los hombres de 60, con otras disposiciones á cual más absurdas, que la influencia del cristianismo fué derogando á fuerza de trabajo y perseverancia, sustituyendo el celibatismo de la virtud al celibatismo del libertinaje. Si los mahometanos hubiesen abrazado el cristianismo como los gentiles romanos, ha-

brian curado las llagas de su gangrenada sociedad, como lo hicieron éstos.

Los hijos vienen inmediatamente despues de los padres á constituir la familia. ¡Quién pudiera pintar un cuadro, en que apareciesen á un golpe de vista todas las diferencias que hay entre los hijos de la familia cristiano-católica y los de las acatólicas! En éstas, el padre tiene derechos terribles y apénas obligaciones: en aquélla, son tan recíprocos los derechos y los deberes correlativos de padres é hijos, que no es fácil graduarlos, y definir cuál tiene más derechos y deberes respectivamente, si el padre ó el hijo; pudiéndose mejor asegurar que son iguales. La Religion cristiana hace del padre una autoridad amorosa y una majestad sagrada: las no cristianas un señor quiritarario, un dueño absoluto, un tirano: aquélla manda educarles, alimentarles, instruirles, darles buen ejemplo; éstas permiten abandonarles, venderles, pignorarles y aún matarles: aquélla establece entre el padre y el hijo una relacion tal, que principia en la concepcion y no concluye nunca, ni aún con la muerte, despues de la cual tienen obligacion de rogar á Dios mutuamente uno por el otro: en éstas no hay más vínculos que los creados por la necesidad, el placer ó el capricho. ¡Ah! La Religion cristiana en sus venerandos preceptos del Decálogo, despues de los tres primeros que pertenecen al honor de Dios, manda en el cuarto *Honrar á su Padre y á su Madre*, y los catequistas nos explican la latitud del verbo *honrar*.

Como cualquiera conoce, no es posible reunir en un artículo todos los preceptos y consejos, que las Sagradas Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, dan á los padres para con los hijos, y á éstos para con aquéllos, y que todos respiran amor, misericordia, tolerancia, compasion, zelo, vigilancia, proteccion, defensa, derramando todo género de bendiciones sobre los padres que llenen las obligaciones que tienen con sus hijos, así como premios á éstos, aún en la vida presente, si cumplen las que sobre ellos pesan para con aquéllos.

La Religion influye en los pueblos.—Aunque examinada ya la poderosa influencia que ejerce en el individuo y en la fami-

lia, está demostrado indirectamente que la tiene en la población, que se compone de individuos y familias; digamos, no obstante, algo de la que indirectamente inocular en los pueblos. La Iglesia católica tiene por principal y distintivo lema en sus banderas el amor universal á todo prójimo, y prójimo es, segun su doctrina, «todo el que tiene ánima racional en cuerpo humano.» Por consiguiente, ese amor no excluye absolutamente á nadie, siquiera tenga su órden segun la proximidad de parentesco y relaciones. Comprende á propios y á extraños, vecinos y forasteros, amigos y enemigos. Ninguna religion manda amar á los últimos, sino la cristiana en su Santo Evangelio: á las demás les ha parecido imposible y contra naturaleza semejante precepto; pero ésta le ha enseñado constantemente y le ha practicado, dando ejemplo de ello su divino Fundador, á quien han imitado é imitan tantos santos y justos. En la principal de sus oraciones, que es la dominical, nos hace pedir á Dios perdone las ofensas que le hiciéramos, como nosotros perdonamos las que nos hicieren nuestros semejantes. Ahora bien; lo que turba la paz en los pueblos es la falta de amor mutuo, la envidia de unos á otros, las ofensas recíprocas, la correlativa usurpacion de bienes, vicios todos que anatematiza la Religion y castiga con sus más graves penas. Si en un pueblo hay profundas enemistades, odios y rencores, no enviéis tropa armada á ponerlos en paz; mandad unas misiones de sabios y zelosos ministros de la Religion. Esta no ha perdonado medio de ligar con fraternal abrazo á unos individuos con otros, á unas familias con otras, á unos pueblos con otros. Viendo en los tiempos antiguos el aislamiento en que vivian las familias y los pueblos, su egoismo y falta de abnegacion, se escogió el ingenioso medio, que dió excelentes resultados, de prohibir los matrimonios entre parientes y afines hasta el sétimo grado canónico, dificultando así los enlaces en la propia comarca, para obligar á los ciudadanos á buscar mujer en otras; extendiendo así la confraternidad con los naturales afectos de la sangre. Con este fin mantuvo muchos siglos aquella prohibicion, que en pocos casos dispensó hasta el siglo xii, y sólo cuando despues de celebrado el matrimonio

con toda solemnidad se descubría algun impedimento. Pero la Iglesia católica, cuya disposicion obedecía al objeto expresado, y que conocia los inconvenientes y perjuicios, aunque ménos graves, que se seguían de tanta cortapisa para los matrimonios, luégo que vió que su amor fraternal estaba ya suficientemente extendido, limitó la prohibicion al cuarto grado en el Concilio iv de Letran, bajo el Santo Padre Inocencio III.

¿Podrá alguno exigirnos los textos del Antiguo y Nuevo Testamento, que preceptúan el amor al prójimo y perdon de las injurias? Pues le daremos la sagrada Biblia entera, principiando por el Decálogo y concluyendo con el *mandato* último que dió Nuestro Señor Jesucristo á los apóstoles: *Amaos los unos á los otros.*

La Religion influye en el derecho de gentes. — Causa horror recordar el llamado derecho internacional, bajo cuyas bárbaras leyes gemía la humanidad, tanto en la paz como en la guerra. Vivían las naciones en un estado tal de separacion y aislamiento, que no sólo no se amaban, sino que se aborrecían de muerte. Todo extranjero era perseguido como capital enemigo, y no gozaba derecho alguno de proteccion. La guerra daba tal dominio sobre los prisioneros, que debían á la bondad del vencedor no ser decapitados, y que se usase con ellos la clemencia de dejarles con vida haciéndolos esclavos. El Evangelio de Jesucristo fué el primer libro que predicó el amor y confraternidad universal, quitando toda diferencia, no sólo entre el judío y el romano, sino aún entre el cristiano y el gentil. Formar una sola familia de todo el género humano fué el preferente objeto del Redentor, cuya Religion se llama católica, porque llama á ella á toda criatura racional, sin distincion alguna. Para quitarlas todas nos canta en todos los tonos nuestro comun origen, de unos mismos padres, de un mismo Dios, idéntico fin é iguales esperanzas, hermanos todos en Jesucristo, redimidos sin excepcion con su preciosa sangre. Predica la paz á todo hombre de buena voluntad, saluda á todos con ósculo *de paz*, y manda á sus apóstoles y discípulos que no tengan otra salutacion para con los demás. La Iglesia, en todas sus oraciones, ritos, ce-

remonias é instituciones, propaga el salvador principio de la *paz universal*, proclamado por su celestial Instituidor. ¿Cuánto no ha trabajado para plantearlo? ¿Cuánto no ha con-signado en muchos de sus concilios? ¿Cuántos medios hasta sobrenaturales y milagrosos no empleó al efecto? Baste por todos la sancion del Concilio III de Letran, undécimo de los generales, que estableció, bajo pena de excomunion mayor, el célebre estatuto de *Tregua y pàce*, segun el cual, no podía darse batalla desde las segundas vísperas del miércoles hasta la mañana del lunes, desde la primera Dominica de Adviento hasta concluida la octava de la Epifanía, y desde la Dominica de septuagésima hasta terminada la octava de la Pascua de Resurreccion. Por fin, varios Sumos Pontífices prohibieron, bajo el terrible castigo del anatema, emplear en las guerras armas mortíferas, como lo hizo Inocencio III con la de los *sagitarios*, máquina que despedía á la vez muchas flechas, y la de los *ballistarios*, que arrojaba grandes piedras, ambas incomparables con nuestras actuales ametralladoras y ca-ñones.

La Iglesia influye sobre la abolicion de la esclavitud.— Esta cuestion está, digámoslo así, sobre el tapete: es cues-tion de actualidad. En todas las naciones cultas se ha levan-tado un grito universal para la abolicion de la esclavitud; en todas se han instalado comités al efecto para trabajar en pró de ella. No hay ya una persona culta que no vea con horror á una débil parte del género humano bajo el dominio de la otra, y componiendo parte de su propiedad, como una mesa, un caballo y un perro, teniendo aún ahora el derecho de venderles, separando así para siempre al marido de la mu-ger, á los hijos de los padres; que antiguamente tenía tam-bien el de matarlos. Mucho se ha escrito sobre la abolicion de la esclavitud, no todo favorable á ella, sino algo en con-trario, arguyendo que la abolicion de la esclavitud á nadie perjudica tanto como á los mismos esclavos, que sin ella no pueden ser educados é ilustrados. Sea de esto lo que quiera, vamos á nuestro objeto. ¿Han inventado algo nuevo los abo-licionistas? De ningun modo. ¿Quién es el primer abolicio-nista? La Religion cristiana.

Esta fué la primera que por de pronto suavizó los rigores de la esclavitud, y bien podríamos defender que la condenó por completo, ó cuando ménos preparó su total extincion. ¿Cómo ha de haber esclavos á los ojos de una Religion que proclama la absoluta igualdad de todos los hombres ante Dios, para con quien sólo es mayor que otro el que tuviere mayor caridad, sea quien fuere? ¿Cómo ha de haber esclavos en una Religion que predica que todos los hombres estamos criados por Dios y formados á su imágen y semejanza, y que ante su divino acatamiento no hay acepcion de personas? La Iglesia cristiana tiene por iguales en todo, por todo y para todo á libres y esclavos; si su disciplina prohíbe á éstos algunos actos que permite á aquéllos, no es porque admita distincion alguna, sino por respetar los derechos de propiedad que la ley temporal otorga á los señores. Mal puede haber esclavitud en una Religion que es un solo cuerpo místico, de que todos somos miembros: con sola una cabeza, N. S. Jesucristo. Tampoco podrá exigírseme en este punto que consigne aquí los innumerables textos del Evangelio y demás libros de la Sagrada Escritura, especialmente del apóstol San Pablo, que prueban esta verdad. Sería una tarea tan improba como inútil, pues son bien sabidos de todo hombre medianamente instruido.

La Iglesia influye sobre el derecho público.—En este punto amigos y enemigos nos han hecho justicia, confesando que el derecho público de la Iglesia católica llega á la última potencia de la perfeccion, envidiándole, y sintiendo no se adopte por los poderes temporales. Ninguno de éstos ha puesto en sus banderas con más verdad que la Religion cristiana los tres célebres lemas *libertad, igualdad y confraternidad*, dándoles toda su aplicacion del modo único posible en lo humano. La ley de la Iglesia cristiana no distingue absolutamente de personas; á todas comprende sin la menor diferencia: reyes, vasallos, pobres, ricos de toda edad, sexo y condicion, no son más que hijos de la comun madre. ¿Para qué extenderme en próbarlo positivamente? lo haré negativamente diciendo: cíteseme un dogma, un precepto de disciplina, un mandamiento, un sacramento, una indulgencia, una censura, una

penitencia, una pena, una dispensa, que no establezca omnimoda igualdad entre todos los cristianos, ora estén en la cúspide de la sociedad, ora en su fondo, ora en su centro. A todos llama para todo, á todos convida con sus dignidades, sin más prelación que su virtud y méritos: en caso de igualdad, prefiere al pobre.

Su gobierno es monárquico, en nuestra opinion, por institucion divina; pero tan suave, tan templado, que arroja una verdadera y santa libertad, que en vano se buscaria en cualquiera clase de gobierno humano, áun en su forma republicana. Los cristianos católicos somos siervos voluntarios de la ley, para gozar de la más amplia libertad de hijos de Dios, incompatible con toda tiranía, no sólo externa ó de fuerza mayor, sino tambien interna, ó sea, la servidumbre de las pasiones. ¡Cuánto pudiéramos decir sobre esto! pero debemos esforzarnos para terminar este artículo, y no robar tantas páginas á la DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

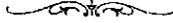
Respecto de la fraternidad sólo diremos, que la Religion católica sanciona y ejecuta el verdadero socialismo, sin ofender en lo más mínimo los derechos de propiedad. En prueba de esta verdad basta recordar, que tiene entre sus más sagrados mandamientos el de socorrer á los pobres, cada uno segun sus facultades. Las Órdenes monásticas, las militares, las de redencion de cautivos, las hospitalarias y Hermanas de la caridad, las de Escolapios, las de misioneros, ¿no hablan en esta materia más elocuentemente que nosotros pudiéramos hacerlo? ¿Ha surgido en tiempo alguno necesidad, calamidad, miseria humana, á que la Iglesia no haya acudido inmediatamente con eficaz remedio?

El derecho público de la Iglesia es universal para toda ella, por lo que no ha menester de tratados internacionales. La prudencia y el más detenido exámen presiden á todos sus actos. Díganlo si nó sus ocho concilios generales griegos, sus doce ecuménicos latinos, y sus ochocientos veinticuatro diocesanos, provinciales y nacionales, admitidos y aprobados por la Santa Sede. No sólo aplica su autoridad de un modo suave y templado, sino que otro tanto preceptua á la del poder temporal.

Léanse las palabras que, según el Pontifical Romano, tiene que dirigir el obispo que consagra á rey, reina ó emperador: *«No olvides, le dice, que tienes que dar estrecha cuenta á Dios » del pueblo que estás encargado de gobernar... reina, no para » tu utilidad, sino para utilidad de tu pueblo... administra á » todos indistintamente la justicia... defiende de toda opresion » á las viudas, huérfanos, pobres y débiles.»*

Debemos dar aquí punto. Parécenos que basta lo dicho, para demostrar, que la mejor defensa de la sociedad es la Religión católica, que profesamos por dicha nuestra.

MANUEL DE JESÚS RODRIGUEZ.



CARTAS Á UN OBRERO.

CARTA TRIGÉSIMAQUINTA Y ÚLTIMA.

Apreciable Juan: Por modestas que sean las aspiraciones del que para la prensa escribe, siempre imagina que siquiera ha de tener un lector. Yo me lo he figurado también, y he hablado contigo como con un sér real que sufre y que goza, que teme y que espera, como con una racional criatura expuesta á caer en el error y susceptible de penetrarse de la verdad. Al llegar al término de esta conversacion que contigo he tenido por espacio de meses, como que te habia cobrado cierta especie de afecto, pues aunque no seas más que una idea, con las ideas se encariña uno también; por eso al decirte adios, hubiera querido que fuese como el de dos amigos que, después de una discusion razonada, se retiran sossegadamente al tranquilo hogar, con la seguridad que humanamente puede haber de que no les sucederá mal ninguno.

¡Cuán distinta es la realidad de este mi deseo! Donde quiera que te retires y á cualquier lugar que yo vaya, hallaremos la inquietud, el desasosiego, la destruccion, la violencia, lágrimas y sangre y muerte, la guerra, en fin, la

más impía de las guerras que se hacen entre sí los que son dos veces hermanos.

Ni nombres propios hemos de pronunciar, ni traer al debate persona ni cosa que pudiera darle apariencia de parcialidad ó de pasión; pero si no hemos de acusar, ni dirigir cargos, ni lanzar anatemas, deber nuestro es consignar las lecciones que con lágrimas y sangre está escribiendo la historia.

Las circunstancias han venido á favorecer la realización de todas aquellas teorías, que como panacea de tus males te daban y como errores he combatido. Los hombres de esas teorías han podido ponerlas en práctica; gobernantes y legisladores han sido, y se desploman y van cayendo y caerán bajo el peso de la imposibilidad de realizar lo imposible. ¿Dónde están esas reformas radicales, esos males cortados de raíz, esas trasfiguraciones sociales, para las que no se necesitaban, al decir de sus apóstoles, sino que fuesen poder los que amaban al pueblo y poseían la verdadera ciencia social? ¿Cómo no estamos ya constituidos según las teorías socialistas? Comprendo que en la práctica pudieran surgir graves dificultades, como acontece siempre en las trascendentales reformas; esto, ni era cosa de extrañar, ni argumento que de buena fé y con conocimiento de causa pudiera hacerse; no se trata, pues, de este ó del otro obstáculo, de aquella infamia ó del crimen de más allá, no: aunque el llanto enturbie los ojos y cubra el rostro el color de la vergüenza, es necesario enjugar las lágrimas y alzar la frente é imponer silencio á las voces del dolor y de la ira, y levantar con espíritu imparcial y mano firme el acta de este terrible debate.

Lo grave para el crédito de los socialistas, fantásticos creadores del *Cuarto Estado*, no es que se haya hecho poco en el sentido de sus ideas; es que no se ha *intentado nada*. Fíjate bien en esto, Juan, porque la gran lección está aquí; no te hablo de crímenes, ni de horrores, ni de infamias; te hablo de *impotencia absoluta*, de no haber adoptado una medida, tomado una resolución, formulado un acuerdo, que realice, que intente realizar siquiera aquellas teorías de organización del trabajo, conversión de la propiedad indivi-

dual en colectiva, etc., etc. Ni un vuelo atrevido, ni un surco profundo, ni una prueba de esa sinceridad en el error, que se llama fanatismo, y que extravía, pero al menos no degrada. Los hombres del cuarto estado parece que han perdido la fé en sus sistemas en el momento mismo en que han estado en situacion de realizarlos, como ciegos que de repente reciben la luz, ó niños que echaran de ver que las pompas de jabon no tienen dentro más que aire. Jamás poder anunciado como revolucionario conservó tan completo *statu quo*; jamás hombres de sistema, puestos en el caso de realizarlo, dieron tan claras muestras de no tener fé en él; jamás se dió tan solemne escarmiento á la credulidad fascinada. Suprime la orgía política, eso que escandaliza, que indigna y que dá horror, y el socialismo en el poder y en el santuario de las leyes es un cadáver, al que no se concederán los honores de la sepultura.

Aparte de la falta de arranque y de energía que en tal grado no podia preverse, todo lo demás era de esperar. Por abatir una bandera y levantar otra y hacer unas cuantas afirmaciones osadas y negaciones impías, no se convierte en hacedero lo que es esencialmente irrealizable. Hace meses lo vimos hablando del supuesto *Cuarto Estado*. La revolucion política estaba hecha: la económica no podia hacerse, porque en esa esfera los cambios, ni pueden ser repentinos, ni se hacen por medio de hombres que se amotinan en las calles, que tiran tiros en los campos ó votan en los comicios ó en las Córtes. Los creadores de estados sociales imposibles han dicho: «*Que el Cuarto Estado sea,*» y el Cuarto Estado no fué; y en la hora más propicia para mostrarle al mundo, cuando desde las cumbres del poder se podia ostentar victorioso y prepotente, ha desaparecido como esas sombras que crecen para desvanecerse. La prueba podíase intentar, ningun obstáculo material lo impedia; pero la cosa es tan absurda, que ni aun puede aspirar á los honores del ensayo; es un campeón no derrotado, sino *corrido*, á la sola amenaza del contacto con la realidad.

En vez de hacerte un resúmen de cuanto te llevo dicho, voy á presentarte una abreviada enumeracion de las pruebas que

la práctica de los últimos tiempos ha traído á mis afirmaciones. Observemos los sucesos enfrente de las grandes cuestiones, de aquellas cuestiones capitales y palpitantes, con que se han fascinado las inteligencias y exasperado los ánimos, convirtiéndolas en fulminantes de esos á que se pone fuego, no para abrir una vía, sino para volar un edificio.

PROPIEDAD. La propiedad no cambia de constitucion, sino tal cual vez de mano.

El maestro habia dicho (ó repetido): «*La propiedad es el robo;*» algunos discípulos dicen: «*El robo es la propiedad,*» lo cual es sumamente lógico. No se dá un paso, ni el más mínimo, para variar la índole de la propiedad; hay sustitucion de propietario, despojo, hechos violentos que en nada invalidan el derecho, prácticas que no corresponden á ninguna teoría. Nótaló bien, Juan, porque es de notar. Mandan los adversarios más ó ménos francos de la propiedad individual; se arman las masas que poco ó nada poseen; el principio de autoridad es nulo; no hay más que dar la señal del despojo, y el despojo se hará impunemente. Los propietarios tienen miedo, carecen de hábitos militantes, y son los ménos; los pobres son los más: parece que se han contado; no les repugna la apelacion á la fuerza; la ley de los hombres calla; la de Dios no se escucha; la tentacion atruena con voz que repiten los mil ecos del escándalo. ¿Cómo hay en España una sola casa donde pueda hallarse algun valor, que no haya sido saqueada? ¿Quién contiene á la multitud? ¿Quién pone diques á ese torrente? El mismo que señala un límite que no traspasa el mar tempestuoso. Del propio modo que el mundo físico, tiene sus leyes el mundo moral, y por ellas, áun en medio de las borrascas políticas y de los cataclismos sociales, una mano invisible pone coto á su accion perturbadora; y los adversarios, los detractores, los que niegan la propiedad en principio y no tienen á su parecer ninguna razon para respetarla, de hecho la respetan, y, lo que es todavía más, la defienden. Tú y tus compañeros más de una vez habeis amparado al propietario y perseguido al ladrón.

Acá y allá hay robos y despojos, cierto; pero son violencias hechas al propietario más bien que ataques á la propiedad; el

número de éstas es relativamente muy corto, y si se han castigado flojamente, no consiste en que esté en la opinion la impunidad para esta clase de delito, sino que hoy está en la práctica para todos. Se roba y se despoja, pero sin atacar al principio de propiedad, sino dando al atentado un alto fin, diciendo que es necesario para defender la religion ó la república. Es grande el número de los ladrones: muy corto el de los que se atrevén á serlo sin esta ó la otra máscara. Tales hechos, repetidos en tales circunstancias, prueban hasta la evidencia que la propiedad no es una institucion de las que pasan, ni un error de los que se desvanecen; sino una condicion esencial de vida en las sociedades humanas. La leccion que los sucesos están dando, es solemne; insensatos serán los hombres si no la toman.

LA FAMILIA. Tan reciamente combatida por algunos reformadores radicales, ¿qué ataques ha sufrido desde que han podido convertir en hechos las amenazas que contra ella fulminaban? ¿Dónde están las resoluciones propias para que la familia se constituya sobre diferentes bases ó para suprimirla? Todo el daño que ha recibido viene de las malas costumbres, de la corrupcion, de los vicios, en cuya práctica tienen una desdichada conformidad los hombres de las teorías más opuestas.

EL TRABAJO. ¿Dónde está la organizacion del trabajo, ese famoso sofisma, ese talisman poderoso, ese admirable instrumento de prosperidad y de justicia, esa bandera de guerra bajo la cual se alistan tantos obcecados campeones? ¿Por ventura se ha hecho, se ha intentado nada para esa organizacion, piedra angular del edificio socialista? Por más que cuidadosamente observo, no veo que se trate de la realizacion del *derecho al trabajo*, sino del *derecho á holgar*; únicamente de la práctica de este último veo ejemplos y varias disposiciones que tienden á asegurarlo.

IGUALDAD. Busco en vano los decretos, las leyes y áun las violencias niveladoras. Las jerarquías sociales ninguna alteracion han sufrido, y hasta las vanidades continúan ostentando el orópel de sus distintivos.

PATRIA. Los que la desgarran ponen en relieve el absurdo

de los que quieren suprimirla. Estos no levantan bandera; es una anarquía vergonzante y práctica, que no se afirma ni quiere generalizarse por medio de ninguna teoría. No es una escuela, es un motín; no es un principio, es un atentado. Se ve la mezcla de cinismo é hipocresía que tiene siempre el que obra contra el buen sentido y la conciencia. El hombre es capaz de hacer más daño del que se atreve á confesar; es tan poderosa su propension á justificar sus hechos, que lo intentan hasta los criminales más endurecidos, hasta los locos mientras conservan una ráfaga de razon. La falta de consecuencia y de lógica del grupo que niega la patria; pone en relieve lo absurdo de semejante negacion. Los que se apartan de la patria comun, hacen y dicen en la pequeña patria lo mismo que condenaban en la grande.

Ninguna supresion ni creacion esencial; todo se reduce á limitar el lugar de la escena, que ocupa dos leguas en lugar de doscientas ó de dos mil. Contradiccion, hipocresía, impotencia, nada más se ve en los que niegan la patria; y cuando digo *nada más*, es porque hago abstraccion y caso omiso de toda culpa y de todo crimen, limitándome á señalar la falta de razon y de lógica, las imposibilidades esenciales, invencibles, los errores en la esfera de la inteligencia, á los que han de corresponder y corresponden por desgracia maldades y dolores en la esfera moral.

Aunque la tierra que fué España deje de obedecer á unas mismas leyes; aunque sus hijos dejen de amarse, y en vez de intereses armónicos, tengan intereses encontrados; aunque en lugar de vivir en dichosa paz, se hagan encarnizada guerra, ¿probarán algo contra la *idea* de la patria? El ensayo hecho por los que esa idea combaten, la acredita, haciendo una cosa parecida á esa prueba que se llama *por el absurdo* y que aquí podría llamarse *por el desastre*. ¿Qué mejor razonamiento en favor de la bondad de una cosa que los males que resultan de suprimirla? Todo lo que has visto prácticamente y en el terreno de los hechos, de algunos meses á esta parte, debe ser para tí, Juan, la más concluyente prueba de que se puede constituir de este ó del otro modo, pero de que no se puedé suprimir la patria. Mira lo que son y lo que hacen

los que la combaten, y verás que parece que los han elegido para desacreditar lo que sostienen, como los espartanos embriagaban á los esclavos para hacer odiosa é infame la embriaguez.

AUTORIDAD. La negacion del principio de autoridad es otro artículo de la fé ortodoxa de los trasformadores sociales. La voluntad del individuo, sus derechos absolutos é ilegislables son su ley, que él es el encargado de hacer y ejecutar. ¿Y qué ha sucedido al poner en práctica semejante teoría? Que la negacion de todo principio de autoridad es la negacion de toda práctica de derecho y de toda realizacion de la justicia. Ese individualismo exagerado, se hace inevitablemente egoísta, caprichoso, insensato, loco, y las voluntades sin regla son indómitas y destructoras como fieras, y como tales es preciso perseguirlas. Mira esos pueblos; fijate en aquel que más tiempo lleva rebelado contra el principio de autoridad, y verás sucederse las tiranías, convirtiendo toda fuerza en violencia y todo mandato en atentado. No puede haber reunion de hombres sin autoridad; cuando no se admite en principio, hay que aceptarla de hecho, y en la persona de un hombre, por regla general, el más indigno de ejercerla. Esto es tan cierto, que los que van á combatir violentamente la autoridad, empiezan por admitir una, llevan un jefe, sin el cual ni aún se podria intentar la empresa. Ahora has podido y puedes observar con qué violencia mandan los que se niegan á obedecer, y cómo se multiplican las autoridades para combatir el principio de autoridad. Creo que nunca los partidarios de una teoría habrán hecho más para desacreditarla en la práctica y para probar la necesidad y la justicia de aquello que como innecesario é injusto rechazan.

RELIGION. Los ataques á la religion no han tenido ese carácter que revela un convencimiento, aunque errado, firme, ni un odio implacable, ni un impulso fuerte; y así debía suceder: de una accion débil, no podia resultar una reaccion poderosa. ¿Cuáles han sido las manifestaciones del ateísmo sofisticado de los semi-filósofos, y del ateísmo brutal de los ignorantes? Algunas tropelías, la profanacion y el despojo de algunos templos, con apariencia de tener más codicia del oro

en que están engastadas las reliquias que deseo de ultrajarlas; hechos aislados; en medio de la violencia, cierta timidez, revelacion de la debilidad, es todo lo que contra la religion se hace durante la dominacion de los que no la tienen, á lo cual pueden añadirse algunos escritos sin lógica, sin ciencia, sin elevacion, y no pocas veces sin aquella dignidad, no ya la que corresponde al asunto, sino la que debe tener el escritor, cualquiera que sea el que trate. Estos no son medios para desacreditar la religion, sino para encender el fanatismo, y así sucede. Á las impiedades del Mediodía responden las descargas del Norte. Cada blasfemia, una rebeldía; cada profanacion, una batalla ganada por los que invocan al Dios de los ejércitos. Le ofenden ellos tambien apelando á la violencia, ¿quién lo duda? pero no le niegan, y esto basta para hacerlos ménos odiosos que los ateos, en torno de los cuales la humanidad como espantada hará siempre el vacío. La preponderancia material de los que en nada creen ni otra vida esperan, ha dado tal espectáculo de escándalo impotente y violenta debilidad, que si no abona el fanatismo, lo robustece y lo explica. Ahora puedes notar la culpable ligereza y crasa ignorancia de los que tratan la religion como cosa fútil y baladí. Pasan las generaciones que cierran los templos, y los templos se abren de nuevo, porque la eternidad no pasa, porque las tempestades no marcan el nivel de las aguas, ni son los hombres de la humanidad los que dicen: *Despues de la muerte la nada.*

Puedes notarlo, Juan; el triunfo material de los que sostienen cierto género de errores es su derrota en el orden de las ideas, porque pone en relieve su radical impotencia. Soberbios al negar, tímidos en la afirmacion, nulos en la práctica, tales han sido, son y serán, los que de cualquier modo, y enarbolando esta ó la otra bandera, dicen al hombre que puede vivir sin propiedad, sin familia, sin trabajo rudo, sin dolor, sin resignacion, sin virtud, sin ley, sin Dios.

Al despedirme de tí, me asalta la triste duda de si no habré conseguido convencerte de ninguna verdad, ni desvanecido en tu ánimo ningun error. Si así fuere, que Aquel que ve las

voluntades reciba la mia, que era buena para tí. No me han cabido en suerte, ni los medios materiales con que podia darte auxilio, ni la elevada posicion, que dicta los mandatos ó dá autoridad á los ejemplos. Un buen consejo es todo lo que podia darte, y recíbasle ó nó, te le he dado para descargo de mi conciencia.

Adios, amigo mio. ¿Quién sabe á dónde nos arrojarán las olas de la tempestad que ruge? ¿Quién sabe si en un dia de horror te darán á beber una de esas copas de maldad que enloquece, y, falto de razon, levantarás la mano, me herirás en las tinieblas de tu error, y caeré, como han caido tantos otros que, como yo, te amaban y más que yo valian? Si así fuese, de ahora para entónces te perdono, dejándote, como testamento de mi amor, el deseo de que tu corazon no aborrezca, de que tu espíritu se eleve, de que en tus ojos penetre la luz de la verdad, y que ántes de cerrarse para siempre se vuelvan una vez al Cielo.

CONCEPCION ARENAL.

SECCION HISTÓRICA.

VIAJE HISTÓRICO Y PINTORESCO

Á LA SIERRA DEL ALTO-REY (PROVINCIA DE GUADALAJARA) (1).

VII.

En la vertiente meridional de la larga sierra Carpeto-vetónica, que separa á ambas Castillas, próximo al punto en que se tocan los límites de las tres provincias de Segovia, Soria y Guadalajara, y dentro del territorio de esta última, álzase como gigante monumento de aquella colosal naturaleza el cerro del Alto-Rey, cuya elevada cumbre se divisa desde veinte leguas en derredor. La historia del país le menciona en sus páginas de gloria, la tradicion le ha prestado sus ideales encantos, la religion lo ha santificado con sus cruces y sus altares, y hasta la codicia lo ha enriquecido con fantásticos tesoros encerrados en sus entrañas. Desde los días de mi niñez ardía yo en deseos de visitarle.

Frescos están en mi memoria los recuerdos de aquellas apacibles tardes de invierno en que desde los cerros que circundan mi ciudad natal contemplaba con ojos de extraña curiosidad la cima del Alto-Rey, cubierta de nieve, figurando un inmenso túmulo de alabastro donde el sol se sepultaba entre una aureola de rojizos resplandores.

El deseo de mi infancia iba á verse pronto satisfecho. El pueblo de Albendiego, á donde había llegado despues de ocho leguas de camino, se halla situado á su pié y se envuelve en su inmensa sombra cuando el sol se halla próximo á ocultarse del horizonte.

Dos días enteros destiné á recorrer los pueblos cercanos á Albendiego, recogiendo en tan grata excursion rico botín de observaciones y de ideas, que ántes de la ascension al Alto-Rey merecen llenar un hueco en la crónica de mi viaje.

(1) Véanse los números anteriores.

Yo no he visto paisajes más melancólicos que los que ofrece por doquiera este rincón de España, ni costumbres más morigeradas y sencillas que las de sus rústicos y pobres moradores. Los pueblos son de corto vecindario, las casas que los forman humildes chozas de piedra y lodo cubiertas con hojas de pizarra negra, y los campos que los rodean tierras áridas, en su mayor parte, que apenas bastan á soportar la leve carga de cereales que en ellas se siembran. En otro tiempo tenían estos pueblos extensos pinares, á cuya sombra verdaderamente vivían, pues de las maderas y pinochos sacaban una utilidad no escasa para atender á sus cortas necesidades. Hoy estos pinares casi puede decirse que han desaparecido, pues se necesita internarse mucho en la sierra para encontrar esos árboles gigantescos, con cuya madera se cargaban las pesadas carretas de bueyes, que han sido desde antiguo los trenes característicos de los habitantes de este país. Gracias que los mermados pinares provean aún de maderas los rústicos talleres de los serranos, que en su mayor parte se dedican á la carpintería, dejando encomendadas á sus mujeres las rudas tareas de la labranza.

Y esta noticia me lleva como de la mano á pintar en breves rasgos las costumbres originales de los serranos del Alto-Rey.

Antes de sacar á éstos á la escena conviene vestirlos al uso del país, pues no es dato despreciable para marcar el carácter de un pueblo el traje peculiar de sus individuos. Visten los hombres calzon de paño pardo con chaqueta de lo mismo, media azul de lana, albarcas de cuero ceñidas con correas hasta más arriba del tobillo, y ancho sombrero negro, que un día fué montera en forma de mitra. Las mujeres usan saya amarilla y corta, un apretador de colores vivos que las ciñe la cintura, pañuelo corto al cuello, albarcas como los hombres á los piés, y otro pañuelo chillón á la cabeza recogido por la parte de atrás junto á la atadura del moño.

He dicho que las mujeres son las que ejecutan las labores del campo, y en efecto, desempeñan ellas un papel tan activo en la vida económica de estos pueblos, que son las que, en cierto modo, les dan animación y carácter.

Cualquier persona de cauteloso juicio daríase por satisfecha para explicar esta costumbre, propia de la *Isla de San Baladrán*, con fijarse en las tareas de los serranos, que les exigen larga y asidua permanencia en los talleres de su oficio; pero

yo, que por singular manía de mis aficiones históricas, no quedo satisfecho con la solución de estos problemas biológicos si no les busco su abolengo en los antiguos tiempos y obtengo de este modo la sanción de los siglos, he pensado que esta costumbre puede muy bien traer su origen, como ya ha indicado un autor, de los días de la reconquista, en los cuales dominado este país por caballeros templarios, los hombres vivían al servicio de los señores y sólo las mujeres levantaban las cargas de la familia. Parece confirmar este juicio la repetición de la misma costumbre en otras comarcas donde las Órdenes militares marcaron muy profundamente la huella de su espíritu belicoso.

En los pueblos del Moncayo, donde la Orden de San Juan imperó por mucho tiempo, consérvase también esta costumbre (1), y no es difícil encontrarla en otras comarcas de España donde los hombres no se dedican á la carpintería y el ejercicio de esta industria no puede servir de explicación al fenómeno de que se trata. Convengamos, pues, en la venerable antigüedad de la costumbre, que causas muy diversas han podido influir en que se conservase hasta nuestros días, incluyendo como la principal la habitual ocupación de los hombres que queda mencionada. El hecho es, repito, que las mujeres en la sierra del Alto-Rey son el elemento más activo de la población, el brazo robusto que maneja el timón de sus casas y el tipo más característico de aquellas sierras pintorescas.

VIII.

Recuerdo un hecho que pinta perfectamente el carácter de estas mujeres de espíritu varonil y de honrada y alegre condición.

Serían las ocho de la noche cuando me hallaba sentado á la puerta de la posada de Albendiego conversando con mis compañeros de viaje sobre la vida penosa de aquellas pobres serranas, que abrumadas bajo el peso de los haces de

(1) He tomado esta noticia de las cartas de Becquer, escritas en Veruela, en las cuales se describen las costumbres de los pueblos del somontano, que ofrecen un exacto parecido con las que estoy reseñando.

Los que hayan leído á Becquer verán, por consiguiente, reproducidas aquí muchas de sus ideas, que al recorrer yo la sierra del Alto-Rey acudían á mi memoria.

gamones que traían del campo, para dar de comer al ganado, iban llegando al pueblo por diversos caminos. Ponderaba yo el espíritu de sacrificio de esas buenas madres, que por dar de comer á sus hijos un pan negro y duro como un canto (1), trabajan en tareas rudísimas, impropias de su sexo débil. Un serrano que oía nuestra conversacion hubo de interrumpirnos con estas ó semejantes palabras: «De poco se admiran ustedes, señoritos; estos trabajos que ustedes presencian son tortas y pan pintado con los trabajos del invierno. ¿Qué dirían ustedes si viesen en el rigor de esa estación crudísima, cuando la nieve cubre toda la comarca, salir de sus casas á las mujeres con un hachuelo al hombro á las diez de la noche para ir á los pinares de Condemios, que distan de aquí más de dos leguas, á cortar pinochos de luna para dar de comer al ganado?» No dejó de extrañarme la frase de pinochos de luna, y le pregunté lo que por tal cosa se entendía. «Llamamos pinos ó pinochos de luna, me replicó, los que furtivamente se cogen en los pinares de otros pueblos, pues por escapar de la vigilancia de los guardas se van á cortar de noche, casi siempre á la luz de la luna.» De las noticias de aquel serrano saqué nuevo motivo para admirar la laboriosidad de las pobres serranas, cuya vida es una verdadera cadena de amargos sufrimientos. Y decía á mis amigos: ¡Cuán inmensas desigualdades hay en el mundo! Mientras estas pobres mujeres arrastran con varonil esfuerzo las infinitas contrariedades de esa vida tan escasa de bienes como llena de padecimientos, otras mujeres, no más hijas que ellas de Dios ni más herederas de su gloria, viven en nuestras grandes ciudades rodeadas de todas las comodidades de la opulencia y de todos los goces de un gusto refinado. Y ponía ante los ojos de mis amigos dos cuadros, bosquejados ya por Becquer en las escabrosidades del Moncayo, el cuadro del teatro Real en una noche de estreno y el de los pinares del Alto-Rey en una noche de luna. Allí sedas y pedrería, molice y lujo, decoraciones brillantes y melodías arrebatadoras; aquí pobreza y hambre, sufrimientos y dolores, soledad medrosa y silencio aterrador.

Y ante estos paralelos yo, hombre mundano al fin, me ol-

(1) La alimentación de los serranos del Alto-Rey es de lo más mezquino que puede darse. El pan, que es bastante áspero, lo elaboran en grandes cantidades para que dure muchos días: su tamaño es tal, que algunos panes pesan 12 y 16 libras.

vidaba de la Providencia y lamentaba esas desigualdades de la vida, y esas, al parecer, imperfecciones del mundo.

Pero cuando me hallaba en tales pensamientos abismado, oí el alegre y sonoro redoble de un tambor, no léjos del lugar en que nosotros descansábamos. Interrogado sobre esta novedad el serrano que con nosotros estaba, me dijo que era la llamada al baile, fiesta casi diaria y nocturna de las mozas del pueblo, que al venir del campo buscan en esta bulliciosa algazara el descanso de sus rudas fatigas. Estas palabras me hicieron inclinar la frente ante la divina Providencia, de cuyos adorables designios acababa de dudar. Verdaderamente, exclamé, que hay en el mundo grandes desigualdades, pero tambien existen admirables compensaciones.

En efecto, no puede imaginarse qué carácter tan dulce, qué alegría tan inocente y candorosa, qué satisfaccion tan completa reflejan los rostros de estas pobres mujeres, curtidos por el sol y las lluvias. Sus canciones son alegres y expresan toda su satisfaccion y su contento por la vida laboriosa á que se dedican para ganarse el pan de cada dia. Recuerdo haber oido en la plaza de Albendiego el siguiente cantar, que si por su forma literaria no es notable, lo es y mucho para las presentes observaciones:

Más vale una serranilla
Criada entre chaparrales,
Que cuatrocientas vegueras (1)
Con rizos y farfalares.

Esta es la satisfaccion de la propia conciencia, la altivez si se quiere de un alma que se siente ennoblecida por la virtud y el sacrificio. La pobre serrana que despues de rudas fatigas de ocho ó diez leguas de camino, aterida de frio y empapada en la lluvia, llega á su casa con una peseta para dar de comer á sus hijos, que salen á recibirla con caras de hambre, es incomparablemente más feliz que esas damas de la corte envueltas en terciopelos y sedas, pero devoradas interiormente por el orgullo, la envidia y cien otras pasiones miserables. ¡Cuán cierto es que la felicidad no está en el dinero! La virtud, el trabajo, el amor, la piedad, son las únicas

(1) Llamán *vegueros* á los moradores de las vegas.

bases de la felicidad del hombre. ¡Dichosos los pueblos que guardan y practican estas cristianas máximas, y mil veces desdichados los ciegos perseguidores del oro y de la plata!

IX.

Pero dejémonos ya de consideraciones morales y emprendamos de nuevo el camino de la historia y del arte, por largo tiempo abandonado.

La iglesia parroquial de Albendiego que lleva el título de *Santa Coloma*, hállase situada á un kilómetro del pueblo, y tanto por su situacion como por los venerables vestigios de antigüedad que conserva, es digna de consideracion y de estudio. La tradicion asegura que hubo allí en tiempo de los moros un monasterio de templarios, y que las ruinas que aún subsisten próximas á la iglesia, son restos de la construccion antigua. Nada dice la historia, mudos están sobre este punto los archivos, y sólo al lenguaje del arte monumental hay que acudir para la solucion de este problema.

La iglesia de *Santa Coloma* es en su mayor parte romano-bizantina, y no temo aventurarme al asegurar que obra de la segunda mitad del siglo XII. El ábside, sobre todo en su parte exterior, es bellissimo por los grandiosos ventanales de triples archivoltas que le adornan y los prominentes modillones de la cornisa que descansa sobre columnas que en el intermedio de las ventanas se levantan. El resto de la iglesia ha sufrido posteriores reformas, y la puerta principal es obra del siglo XV, si bien despojada de ornatos, pues sólo conserva una moldura que guarnece la ojiva que la caracteriza. El techo de la iglesia es de madera, y á ambos lados del arco toral se abren dos ojivas que dan paso á dos capillas góticas, pequeñas y oscuras, y sin otra cosa notable que su solidez y su traza. El altar mayor es antiguo y le adornan tablas alemanas de no despreciable mérito. La imágen de Santa Coloma es de piedra, y obra tal vez de los siglos XIV ó XV, á juzgar por la vacilacion que se observa en el buril del artista, atraído sucesivamente por la severa rigidez del gusto gótico y la mayor desenvoltura de la escuela del renacimiento.

Ahora bien; ¿la iglesia de Santa Coloma perteneció, como dice la tradicion, á los caballeros templarios? Es muy posible. Las ruinas de un monasterio subsisten, la grandiosa

iglesia—pues tal debió ser en su origen—revela un gusto artístico y un brazo rico y poderoso no formado en aquellas sierras inclementes. Esta iglesia, además, con sus cuantiosos bienes, perteneció hasta la época de la desamortización al cabildo de Sigüenza, constituyendo la abadía de Santa Coloma, aneja á una canongía del mismo, y sabido es que cuando en 1312 fué suprimida en España la orden militar del Temple, sus extensos territorios fueron incorporados parte á la corona y parte á la iglesia, de modo que este dato parece venir á confirmar la tradición, por sí misma siempre respetable.

Hoy la iglesia de Santa Coloma es una pobre parroquia, falta de ornamentos, casi ruinosa, deslucida y cubierta de telarañas, triste recuerdo de mejores tiempos y de inmortales glorias, roto blason de nuestra nobleza heroica. Al contemplar á Santa Coloma en situación semejante, acudieron á mi memoria unas palabras elocuentes que habia leído en mi niñez sobre el trágico fin de los templarios.

«Sólo las ruinas y los vestigios solitarios, representan hoy aquella opulenta milicia que poseyera diez mil alcázares desde el Tabor á las columnas de Alcides!... Los señores de lugares, fortalezas y vasallos, los compañeros de armas de Alfonso VIII y Jaime el Conquistador, los soldados de las Navas y Valencia del Cid, los que tremolaron el oriflama español en las murallas de Cuenca, en los adarves de Sevilla y en los minaretes de Mallorca, los que extendian su vencedora espada desde Lisboa á Jerusalem..... hoy son una sombra perdida en la noche de la eternidad! Ya el blanco manto de aquellos señores no cobija la ciudad Santa; ya no se oye su canto de victoria sobre el sepulcro del Señor; ya, en fin, su roja cruz no sirve de lábaro caballeresco á toda la cristiandad, y á su grito de batalla no se desploman las mezquitas de Ismael ni se regocijan los collados de Sion.»

X.

Desde Santa Coloma fuimos á Hijes, pueblo de corto vecindario, y en cuyo término, segun mis noticias, fácilmente se descubren sepulcros antiguos. Sólo uno logramos exhumar despues de minuciosas excavaciones en un campo sembrado de patatas, donde segun los labradores del pueblo, con fre-

cuencia salen al empuje del arado cacharros de barro y baratijas de hierro. Casi á flor de tierra se descubria el pico de una losa enorme que hincada de punta daba claro indicio de la existencia de un sepulcro. Junto á esta piedra y á una vara de profundidad, descubrimos una olla de barro fino, bien cocido, dentro de la cual y mezclada con tierra se veian las cenizas del difunto. La olla estaba encajonada entre cuatro guijarros. Levantados estos objetos se continuó la excavacion, y á un pié de profundidad aparecieron envueltos en espesa capa de tierra, los siguientes objetos que muy á duras penas logramos desprender de aquel informe terruño amasado por los siglos: dos lanzas de dos filos de 22 centímetros de longitud la hoja y 3 por su parte más ancha, reforzada ésta por un nervio que de extremo á extremo la atraviesa; una hoja de hierro encorvada hácia el corte, de 12 centímetros de larga y 2 de ancha, que tiene la apariencia de un cuchillo, y por último, dos anillas engarzadas en unos botones de hierro que indican haber pertenecido al broche de algun cinto de cuero.

Aspiraba yo á descubrir alguna moneda que nos diese clara noticia del abolengo de aquel humilde sepulcro; pero fué imposible. Los trabajadores que teníamos ocupados en la excavacion la prosiguieron en distintos puntos de la heredad sin obtener ningun fruto, y nosotros nos retiramos á descansar á una cueva que, abierta á pico, en una roca próxima se descubria. En el interior de aquella cueva donde los caballos, los perros y nosotros, cabíamos con desahogo, cueva sin duda de tan venerable antigüedad como los sepulcros que á su proximidad existen, púseme á pensar en la clasificacion arqueológica de los objetos encontrados, trabajo difícil por el estado de deterioro en que se hallaban. Las lanzas me parecieron iberas y de aquellas famosas por su exquisito temple que en manos de los numantinos fueron por mucho tiempo el terror de las legiones romanas. El sepulcro era sin duda de algun guerrero, de estos mismos que durante largos años de heróicos esfuerzos tuvieron á raya la ambicion de Roma.

Despues de estas investigaciones, he logrado ver en el *Semanario Pintoresco Español* correspondiente al año 1850, el grabado de los objetos que el señor Nicolau y Bofarull descubrió por aquella fecha en este mismo pueblo de Hijes. De

la noticia que acompaña al dibujo, tomo las siguientes palabras, que servirán más que las mías para ilustrar estas investigaciones arqueológicas.

«La villa de Hijes, llamada antiguamente Illes, población judáica, según se cree, está del Alto-Rey, punto en que los templarios tenían su convento fuerte, á la distancia de dos leguas, y cerca de este sitio, se dice por tradición entre los habitantes de Hijes, que existió en aquella parte una gran población, la cual desapareció, sin que se sepa en qué época ni se encuentre escrito alguno que dé indicios de ello. En una pradera de este pueblo existen enterramientos á la profundidad de dos varas á dos y media. Grandes losas de piedra arenosa y pizarras, colocadas de canto, y que forman una especie de callejon, sirven de separacion de las ollas en que se encuentran depositadas las cenizas de los guerreros, pues no parecen ser otra clase de difuntos los que allí se colocasen, atendido á que, en lo general, se hallan bajo las urnas armas, si bien se encuentran en algunas de aquellas urnas varios adornos de alambre, que se cree lo serian de mujeres. Las urnas, colocadas de saliente á poniente, se ven perfectamente conservadas, y en ellas se hallan bolas de barro de diferentes figuras, cuya significacion se ignora.»

El articulista describe despues los objetos dibujados en el *Semanario*, entre los cuales hay ollas de diferentes formas, pero sencillas y de barro cocido, como la encontrada por nosotros; lanzas y cuchillos de hierro ó acero, idénticos á los ya descritos; un hierro con tres espirales de alambre, perfectamente templado, y un broche, por fin, del cinto de una espada de bronce, y con labores que, á juicio del autor, pertenecen al gusto bizantino, por estar formadas de lazos como los que ostentan las cornisas de los templos construidos con este estilo. A pesar de estas noticias, yo insisto en mi juicio de considerar como ibero el cementerio de Hijes, tanto más, cuanto que este juicio ha merecido la sancion autorizadísima de mi respetable amigo el Sr. Fernandez Guerra, sabio cultivador de la ciencia arqueológica en España. De todos modos, las antigüedades de Hijes bien valen la pena de que la Comision de Monumentos de la provincia les consagre su atencion, pues con escasos gastos y no mucho tiempo, podrian allí descubrirse notables antiguallas que ilustrasen la historia del país y hasta la general de España.

XI.

No lejos de Hijes y en una garganta de la sierra hállase situado el pueblo de Somolinos, notable por su aspecto pintoresco y su extensa laguna.

Serian las dos de la tarde cuando llegamos á él de regreso de Hijes, no sin sufrir en el caminó el calor más abrasador que puede imaginarse, por la especial topografía del mismo y la calidad del terreno, el más á propósito para reflejar los ardientes rayos del sol de Julio. Las casas del pueblo están situadas á entrambos lados del rio que baja con grande ímpetu desde la laguna, la cual está en cierto modo suspendida sobre el pueblo. Esta disposicion dá al caserío una animacion pintoresca, imposible de describir: parece uno de esos preciosos Belenes que para recreo de los niños ó edificacion de los fieles, se construyen todos los años en la época de Navidad. Entre el pueblo y la laguna hubo antiguamente varios molinos que dieron sin duda su nombre al pueblo.

En este terreno, que hoy pertenece al conde de Polentinos, se construyó pocos años há una magnífica fábrica para el beneficio de los minerales de plata y hierro, fábrica que no llegó á funcionar, y que subsiste aún, si bien deteriorándose su complicada maquinaria por la accion implacable del tiempo y de las humedades. Causa profunda lástima tan injustificable abandono; pues si bien es cierto que fué un error industrial la construccion de tal fábrica en ese sitio, tres leguas escabrosas de las minas de Hiendelaencina, y cuando ya existia á una escasa de éstas la grandiosa y bien montada de los ingleses, llamada *La Constante*, es indudable que tan poderosa caída de aguas debiera aprovecharse en otros usos, pues no ha llegado la industria española al extremo de despreciar el más barato motor de las máquinas, para prodigar por doquiera los vapores.

Visitamos la laguna, que mide 32 varas de profundidad, cuando comenzaban á caer gruesas gotas de agua y se oía el rumor imponente de una nube tempestuosa que con gran majestad se removía sobre la cima del Alto-Rey. Un pintor hubiese sacado gran partido de tan sublime decoracion. Nosotros, arrostrando la lluvia y el viento, comenzamos á trepar por la angosta garganta de la sierra, para llegar á ver el

manantial de la laguna, que nos dijeron era digno de visitarse. Dos kilómetros llevaríamos andados, cuando por fin vimos brotar del suelo y elevarse media vara sobre él una ancha burbuja de agua, guarnecida de blancas espumas. Es el manantial más hermoso que he visto, y creo que sólo por verlo se podían dar por bien empleadas las incomodidades de un viaje á Somolinos. El agua es fría como la hoja de una espada y delgada como su filo; la abundancia tal, que á un kilómetro de distancia surte abundantemente á un molino harinero. La tempestad arreciaba; los truenos en las concavidades de las rocas retumbaban de un modo aterrador; la noche se venía encima, y el sitio era harto medroso para permanecer allí envueltos en tinieblas. Volvimos al pueblo, y después de visitar el *martinete*, fundicion y fábrica de calderas de cobre, nos dirigimos á Albendiego, centro de nuestras operaciones.

XII.

Aun no se había levantado el sol cuando al día siguiente estábamos nosotros en pié, dispuestos á subir á la cima del Alto-Rey. Hecho el repuesto necesario de provisiones, montamos á caballo á las seis. Salimos de Albendiego con intención de visitar los pinares de Condemios, que á costa de una legua de rodeo sirven de camino para la montaña gigantesca. Camino pintoresco en verdad, que más bellos y variados panoramas podría ofrecer á los artistas que los que figuran en los cromos y grabados que la industria extranjera produce para adornar las paredes de nuestros gabinetes. Primero atravesamos un ribazo cubierto de floridas estepas y frondosos enebros, que un jardín silvestre parecía, tendido como una alfombra á los piés de la sierra. Luégo nos internamos en los pinares, espesos y cerrados como una selva, y nutridos de árboles gigantescos que les dan unas proporciones magníficas.

Es el pino, diremos parodiando á un poeta, el compañero del pobre serrano, de cuyo destino participa, pues crece y muere como él, desconocido, entre breñas inaccesibles, en donde se perpetúa su posteridad igualmente ignorada. Los pinos en su gran mayoría son tan derechos como un huso, y extienden casi horizontalmente sus ramas formando zonas que cubren el tronco. Con razón ha dicho un viajero que el

pino tiene algo de monumental; sus ramas son piramidales, y su tronco semeja el fuste de una columna. Más de una vez nos vimos expuestos á caer del caballo al golpe de las ramas tendidas sobre nuestras cabezas; lo que hace toda precaucion escasa para no ser víctima del horrible suplicio de Absalon. Por la áspera corteza de los pinos trepan las ágiles ardillas, que saltan de un pino á otro con la misma facilidad de un pájaro. Tambien tienen allí su morada las astutas zorras y los dañinos lobos, fieros animales que van desapareciendo tal vez, porque la civilizacion moderna ha enseñado á los hombres el ejercicio de todas sus malas artes.

Pasamos de un pinar á otro al través de un valle que riega un arroyo de frescas* y cristalinas aguas; valle bellissimo y melancólico, así por su naturaleza á la vez árida y frondosa, como por las casillas de pizarra negra que á un lado y otro del arroyo están colocadas. Dejamos el segundo pinar en el puerto de *Pela-gallinas*, sin duda llamado así por el impetuoso viento que hácia él envia el *Valle del Infierno*, situado en la falda NE. de la sierra del Alto-Rey.

Despues de un ágría subida llegamos á la fuente de la *Entablada* (1), situada á un kilómetro escaso de la cima de la famosa montaña. Allí dejamos los caballos, y siguiendo la pendiente del terreno, descubrimos una gran explanada, donde pastaban tranquilamente algunos rebaños de ovejas. En un extremo de la llanura se levanta un cerro cónico cubierto de ruinas y coronado por una ermita. Al llegar á su falda, el sacristan de Albendiego, que nos acompañaba, nos dijo si queríamos, siguiendo la piadosa costumbre del país, subir al santuario rezando la Letanía de la Santísima Virgen. Con mucho gusto aceptamos la idea, y con religioso recogimiento, hiriendo el aire con nuestros cánticos de devocion, subimos, pisando ruinas venerables, hasta la ermita, donde adoramos al *Alto-Rey* de la gloria y á la santísima *Reina de los Angeles*.

Con razon ha dicho un autor que una montaña es el pedestal de Dios: así el viajero se conmueve en sus vertientes, se descubre en sus mesetas y se postra en su cumbre.

(1) Las aguas de esta fuente, verdaderamente rústica, son las más finas de toda la sierra, y el día que nosotros las bebimos tenían una temperatura de 5° Reaumur. En el invierno, segun nos aseguraron, brotan tan calientes, que en derredor suyo no cuaja la nieve que cubre toda la montaña.

Es la capilla un sólido edificio de piedra de sillería construido en el año de 1784 sobre las ruinas, á mi juicio, de otro templo antiguo. En el interior, que forma un pequeño rectángulo cubierto por una bóveda de medio cañon, existe un altar dedicado, como hemos dicho, á la *Reina de los Angeles*, que ocupa el cuerpo principal, y al Salvador, que con el título que dá nombre á la sierra de *Alto-Rey*, descansa sobre la mesa del mismo altar. De las paredes laterales de ésta penden dos largas y pesadas cadenas, que como tributo de gratitud depositarian en el antiguo templo algunos cautivos, de quien no se conservaba más que esta vaga memoria. A este santuario suben en religiosa peregrinacion todos los años los pueblos de la comarca, comenzando Albendiego esta série de peregrinaciones el dia de la *Ascension*, y continuándola en los domingos siguientes todos los demás pueblos. ¡Santas costumbres que en los rincones de las sierras y lo más ágrico de las montañas se conservan como recuerdo sublime de la piedad católica, que fué en los antiguos tiempos el brillante blason de todas las glorias españolas!

XIII.

Lancemos ahora una mirada sobre el extenso panorama que á nuestros piés se extiende en un radio de más de veinte leguas. Al lado de la ermita y sobre las ruinas de un antiguo castillo, que la tradicion supone fué de los templarios, establecimos nuestro observatorio, el más elevado y magnífico que jamás habíamos visto. Es imposible describir la sublimidad de aquel espectáculo, en el cual todo es grande y gigantesco, y donde la vista se pierde en la inmensidad del horizonte. El extenso territorio que desde allí se domina pierde á la vista sus desiguales formas para convertirse en una dilatada llanura salpicada de pueblos, sombreada de árboles, cruzada de rios, como un inmenso tapiz tendido sobre el Océano.

Es difícil no enemistarse desde aquel sitio con Chateaubriand, cuya alma poética no encontraba en las montañas el encanto sublime que tienen para los hombres apasionados de las grandes escenas de la naturaleza. Yo, que profeso un entusiasmo indecible por el inspirado cantor de los *Mártires*, cuyas tiernas páginas me han hecho derramar muchas lágrimas

mas, no puedo leer *El viaje à Mont-Blanc* del peregrino de la Tierra-Santa sin profundo disgusto. Verdad es que el mismo Chateaubriand se contradecía cuando en las mismas páginas de su viaje estampaba las siguientes palabras, que son un elocuente elogio de las montañas:

« El instinto, llamémoslo así, de todos los pueblos, ha sido el de adorar al Eterno en los sitios elevados, pues como que parece que más inmediatos al cielo, tiene la oracion ménos espacio que traspasar para llegar al trono de Dios: en el cristianismo habian penetrado algunas tradiciones de este culto antiguo; nuestros montes, y á falta suya nuestras colinas, estaban llenos de monasterios y abadías antiguas. Desde el centro de una ciudad corrompida, el hombre que caminaba á cometer crímenes, ó cuando ménos en pos de vanidades, advertia al levantar los ojos altares en los collados vecinos; la cruz, desplegando á lo léjos el estandarte de la pobreza á los ojos del lujo, recordaba al rico sentimientos de penas y de conmiseracion. »

Las montañas, pues, tienen para las almas sublimes un atractivo irresistible. Sobre ellas, en efecto, descansan las nubes, se fraguan los rayos, mensajeros de la ira de Dios, el águila fabrica sus nidos y el huracan desplega sus alas poderosas. Nada hay allí pequeño, porque hasta la imaginacion de los pueblos las saluda, segun hemos visto, como el símbolo del misterio y de la religion.

De la religion he dicho, y voy á insistir en este punto; las escenas más grandes y más imponentes del cristianismo han tenido por teatro la cumbre de las montañas: el Sinai, el Tabor y el Calvario, serán siempre venerados por toda la cristiandad como los sublimes lugares en que Dios reveló á los hombres los manantiales inagotables de su justicia, de su gloria y de su amor.

No me cansaré nunca por esto de alabar la acertada providencia que ha levantado un altar sobre la cumbre del Alto-Rey, inspiracion propia de aquellos siglos en que los hombres obraban maravillas bajo los estandartes de la Cruz.

Esta consideracion despierta en mi memoria un dato histórico que realza la importancia del Alto-Rey. Aquí fué donde el Cid Campeador, huyendo de las asechanzas de D. Alfonso VI, se detuvo, tal vez para encomendarse al Dios de

las batallas, según recuerdan los siguientes versos de su famoso *Poema*:

«A la sierra de Miedes ellos yvan posar:
 Avn era de dia, non era puesto el sol.
 Mando uer sus yentes Myo Cid el Campeador:
 Sin las peonadas e omnes valientes que son,
 Notó trezientas lanças que todas tienen pendones
 Temprano dat çeuada, si el Criador nos salue.
 El qui quisiere comer y que non caualge.
 Passaremos la sierrà que fiera es e grand.
 La tierra del rey Alfonso esta noch la podemos quitar.
 Despues qui nos buscare fallar-nos podrá.
 De noch passan la sierra: vinida es la mannana
 E por la loma ayuso pienssan de andar.
En medio duna montanna maravillosa e grand
 Fizo Myo Cid posar e çeuada dar.
 Dixolés á todos commo queria tras-nochar.»

¿Qué otra cosa sino nobles y cristianos pensamientos serian los que ocupasen la mente del Cid al *trasnochar* sobre la cumbre del Alto-Rey? Aquí tal vez, al extender su altiva mirada por el inmenso horizonte, concebiria los vastos planes de conquista que habian de hacerle el terror de las armas agarenas y el insigne campeón de la España católica. Y al evocar tales recuerdos, la imaginacion, estimulada por la grandeza de aquel sitio, veia pasar por delante de sí los heroicos siglos de la Reconquista, como filas de gigantes coronados de laureles inmarcesibles. Y la antigua fortaleza se levantaba como al impulso de un poder mágico, y por su espacioso glácis discurrían los caballeros templarios, ostentando sobre su pecho la cruz del Santo Sepulcro, símbolo glorioso de nuestra redencion y de nuestra libertad.

La calina de la tarde iba empañando el horizonte, como un velo tendido por un mago envidioso para ocultar á mis ojos el magnífico panorama. Y poseido de esa tierna melancolía que tales situaciones causan al alma, repetia aquellos versos de Lamartine á la soledad:

«Souvent sur la montagne, à l'ombre du vieieux chêne
 Au coucher du soleil, tristement je m'assieds
 Je promène au hasard mes regards sur la plaine
 dont le tableau changeant se déroule à mes pieds.»

.....

Pero las palabras de Lamartine, aunque elocuentes, no satisfacian mi corazon, no servian para expresar todos los sentimientos que en estos momentos lo inflamaban. Pronto acudió mi memoria al manantial inagotable de la más elevada poesía, á la fuente de verdad eterna, á las frases sublimes del Rey Profeta, cuyos salmos serán con entusiasmo repetidos por todas las generaciones:

« ¡Alma mia, exclamé, bendice al Señor! Señor y Dios mio, vos apareceis infinitamente grande en vuestras obras.

Criado el universo, parece que os revestisteis de nueva gloria, majestad y esplendor.

Extendisteis sobre nosotros el aire como un pabellon, y le cubris de agua para las necesidades de la tierra.

Subís sobre las nubes como sobre una carroza, para derramar desde ellas la abundancia; llevado en alas de los vientos, excitaís y serenais las tempestades.

.....
Afirmásteis la tierra con su propio peso, y nunca balanceará.

En otro tiempo la cubristeis y como vestisteis de aguas que subieron más altas que los montes.

Pero al formidable sonido de vuestra voz se retiraron espantadas.

Entónces pareció que se elevaron los montes y se abatieron los valles, en el mismo sitio donde los colocásteis.

.....
Vos haceis brotar las fuentes en los valles, de donde se forman los rios que corren por entre los montes.

.....
A lo largo de sus riberas anidan las aves, y de entre las peñas donde descansan lanzan al aire sus cánticos melodiosos.

Vos regais los montes con las aguas del cielo, y estas aguas que formais fecundizan la tierra en toda especie de frutos.

.....
Vos hicisteis la luna para que luzca á su tiempo, y el sol que sabe á qué hora se ha de poner.

.....
¡Cuán grandes son vuestras obras, Señor! Vuestra sabiduría resplandece en todas ellas: la tierra, colmada de vuestros bienes, es un diseño de vuestra magnificencia.

.....
Sea, pues, glorificado el Señor para siempre, y vea complacido que le reconocen todos los hombres por sus obras.

Con sola una mirada estremece la tierra: con sólo tocar los montes los inflama.

Cantaré toda mi vida las alabanzas del Señor: entonaré himnos á gloria de mi Dios mientras viva.

Séanle mis cánticos tan agradables y aceptos, como deleitables á mí (1).»

¡Qué sublime lenguaje! ¡Qué adecuado para ser repetido en la cima del Alto-Rey, cuando el sol, resbalando por la extensa llanura, bañaba el ambiente en una luz opaca que sumergía el alma en místicas adoraciones.

Pero ¡ay! que el tiempo pasa, y con el tiempo los breves instantes de alegría que disfrutamos sobre la tierra. La voz de mis compañeros vino muy pronto á sacarme de tan dulce arrobamiento, para anunciarme que se hacía urgente dejar aquel sitio, pues la vertiente de la montaña por la cual habíamos de bajar es de lo más ágrío y peligroso que puede imaginarse. Después de orar un rato en la ermita, comenzamos á descender, visitando al paso la *Cueva del aceite*, en donde, según la tradición, brotaba antiguamente este líquido, para alimentar la lámpara del santuario de la montaña. Es una gruta bastante grande, formada por rocas enormes y muy húmedas por la traspiración del terreno, que la ha tapizado de verde musgo.

El camino hasta *La Constante* es en extremo pintoresco: primero la estribación de la sierra cubierta de flores y de arbustos; luego Gascuña, con sus casas de pizarra, su iglesia que conserva una portada gótica, sus campos fértiles y sus arboledas sombrías; después un camino por entre rocas hincadas de punta, y tapias formadas de losas enormes que tienen todas las apariencias — por más que no lo sean — de antiguos monumentos célticos; y, por último, en el fondo de un estrecho barranco, la fábrica inglesa denominada *La Constante*, destinada al beneficio de las minerales de plata que producen las próximas minas de Hiendelaencina.

Y aquí suspendemos de nuevo el viaje, para no fatigar con largas jornadas la atención de nuestros lectores.

(Se continuará).

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

(1) Estos versículos pertenecen al salmo cxi, uno de los más sublimes de David. Los inserto en castellano, para que de toda clase de lectores puedan ser comprendidos; no obstante que en latín es donde tienen su más adecuada y admirable expresión.

CORRESPONDENCIA DE LA «DEFENSA DE LA SOCIEDAD.»

Paris 14 de Febrero de 1875.

Tirante es por demás la situación que alcanzamos en estos momentos, sin que pueda prever nadie cuál será el desenlace de la crisis por que estamos atravesando. Ya habrá sabido usted por el telégrafo la ocurrencia del sábado anterior con motivo de haber rechazado la mayoría la ley acerca del Senado; fracaso que ha sido debido muy especialmente á la coalicion de los diputados bonapartistas y de los miembros de la extrema derecha que, opuestos en principios á la constitucion de un gobierno definitivo, han decidido dificultar todos los esfuerzos de sus colegas. Si la Cámara diese en efecto una sancion legal al gobierno del mariscal Mac-Mahon, ni realistas ni imperialistas podrían seguir trabajando ostensiblemente, unos en la restauracion de la monarquía hereditaria, otros en la vuelta de la dinastía imperial, siendo, como lo son, ambos partidos de todo punto hostiles á cualquiera tentativa que tenga por objeto la institucion del régimen republicano. La coalicion del partido realista extremo y del bonapartista batió en brecha el sábado, en la primera parte de la sesion, los proyectos del partido constitucional; pero semejante victoria ha sido efimera, pues poco ántes de levantarse la sesion determinó deliberar el Parlamento acerca de nuevas combinaciones que tuvieran por objeto la creacion de un Senado; sin embargo (y no es esto pequeña ventaja), el sufragio universal no podrá seguir siendo base de los nuevos proyectos, sino que se adoptará un sistema ménos revolucionario y que sea más compatible con los intereses conservadores. Tal es, en suma, el resultado de la sesion del sábado. Muy descontentos en un principio los republicanos, se llaman ahora arrepentidos, siendo de creer que se establezca actualmente una nueva alianza entre el centro derecho y la derecha moderada, por una parte (orleanistas y legitimistas moderados), y el centro izquierdo y la izquierda, por otra (republicanos conservadores y moderados). Hasta Gambetta opina que se celebre una segunda alianza con los orleanistas, porque cuenta con la cooperacion de éstos para la consolidacion del régimen republicano.

Pero á todo esto, me preguntará usted, ¿por qué abandonan los orleanistas sus preferencias monárquicas para volverse á coligar con la república? Hé aquí los motivos.

No ignora usted que en el mes de Octubre de 1873 se entablaron algunas conferencias bastante activas con el conde de Chambord á fin de que se determinára dicho augusto principe á aceptar la corona: pues bien; despues de haber admitido el Conde las proposiciones que se le hicieron, las rechazó. No podré decir á usted cuáles serian los

motivos que le asistieran para haberse comportado de esta manera; sólo sé que, de entónces á acá, cuantas tentativas se han vuelto á hacer acerca del particular, han sido igualmente infructuosas. Renunciando, pues, *por de pronto* el partido orleanista á la esperanza de ver restaurada la monarquía legítima, con motivo de semejante fracaso, se ha separado de los miembros de la extrema derecha para unirse á los del centro izquierdo; y en tanto que los legitimistas extremos, hondamente afligidos al ver que la Francia se halla huérfana de rey, se niegan á contribuir por su parte al establecimiento de un gobierno legal, juzgando los orleanistas que es imposible dejar á la nación sin gobierno alguno, han resuelto consolidar el régimen actual á fin de prestarle su cooperación para que combata más vigorosamente contra los adversarios del orden social, los cuales no son otros que los demagogos y los bonapartistas que, viendo desarmado al gobierno, no tardarían en aprovecharse de su impotencia para disputarse encarnizadamente el poder supremo. Ciertamente que los legitimistas no son ménos hostiles que los orleanistas al partido imperialista y al radical; pero creen que para domar á estos enemigos del orden no se necesita más que corregir nuestras leyes electorales, esto es, restringir en cuanto posible sea el número de los electores, supuesto que en las clases populares es donde se reclutan más especialmente los partidarios del imperio y los adictos á Gambetta. M. de Bouillierie, M. de Carayon La Tour, M. Lucien Brun y el duque de Laroche-foucauld de Bisaccia son los jefes del partido legitimista; los duques de Broglie, de Decagés y de Audiffret-Pasquier dirigen el partido orleanista; siendo lo más probable que la presidencia del Consejo de ministros recaiga en el duque de Broglie. Más no se vaya á creer que dure mucho tiempo en el poder este señor, pues no podrá gobernar sino con condicion de repartir muchos destinos á los bonapartistas; y como quiera que éstos alcanzan hoy por hoy gran influencia, al recibir nueva protección, corre peligro el protector de hacerlos dueños de la Francia. Por otra parte, no se muestra muy decidido el centro izquierdo á sostener al honorable Duque; y así me temo que el nuevo ministerio dure poco, viéndose obligado luego á disolver la Cámara: eventualidad tanto más de esperar, cuanto que la extrema derecha, que há dos años sostenía enérgicamente á M. de Broglie, está hoy muy lastimada al ver la actitud que ha tomado el ilustre Duque, y no se muestra dispuesta á apoyarlo. En suma, nuestra situación política se contempla llena de incertidumbres y escollos, y si Dios no lo remedia, no podremos evitar el inminente cataclismo que nos amenaza.

Hace pocos días que se han verificado dos elecciones, dando sus escrutinios resultados bastante satisfactorios, pues en todas ellas han salido derrotados los bonapartistas, esos enemigos de la moral y de la religion, á pesar de la inmensa propaganda que han desple-

gado sus candidatos, gastándose en las costas del Norte el duque de Feltre, partidario del Imperio, nada ménos que 300.000 francos, con el objeto de proporcionarse electores; pero el candidato legitimista M. de Flerchégu, ha conseguido reunir con ménos propaganda mayor número de votos, y es probable que salga elegido al verificarse el segundo escrutinio, que tendrá lugar de este domingo en ocho días. En Seine-et-Oise ha salido diputado el republicano M. Valentin, que tenía por competidor al duque de Padoue, bonapartista que, con éste, cuenta ya dos descalabros. Ambas elecciones prueban suficientemente que los asuntos del Imperio caminan mal desde hace tiempo; la Cámara tiene fija toda su atencion en las intrigas y toda suerte de medios ilegales que está poniendo en juego este partido para triunfar en las elecciones; y ya sabrá usted como tiene abierto informe sobre la eleccion de M. de Bourgoing en la Nièvre, cuyo documento ha puesto de manifiesto tales amaños por parte de los bonapartistas, que ha conseguido llegar á hacer odioso dicho partido á los ojos de todos los hombres de bien. Además, diariamente se presentan nuevas y gravísimas protestas acerca de la reciente eleccion de M. Cazeaux, con motivo de haber hecho M. Alicot, su rival en los Altos-Pirineos, importantes revelaciones ante la comision parlamentaria encargada de apreciar la validez de dicha eleccion, en la cual parece ser que han intervenido fraudes bastante singulares, citándose entre otros la voz que se habia hecho correr en cierto número de aldeas distantes de todavía de comunicacion, de hallarse ya el Príncipe imperial en París, á cuya noticia se trataba de imprimir mayor viso de verosimilitud, mediante fotografías sacadas de un retrato del príncipe que figuró en la Exposicion de 1874, y que ciertos agentes diputados al efecto repartian profusamente á los lugareños, haciéndoles notar que la tarjeta llevaba estampada en su reverso las señas del fotógrafo, y que, por lo tanto, no cabía duda acerca de hallarse en París el Príncipe imperial; ridícula estratagemata que, creida por aquellos campesinos incultos, completamente ajenos á los secretos del arte fotográfico, dió por resultado la eleccion del candidato bonapartista. Falta saber ahora si llegará á ratificar la Cámara una eleccion hecha con semejantes antecedentes.

Italia. Acabo de recibir una carta de Roma, cuyo contenido creo ha de interesar á los lectores de usted, en vista de los tristes pormenores que de sí arroja. Este año se ha distinguido el Carnaval de Roma por sus caractéres ridiculos cuanto impíos, habiendo sido insultados y profanados en todos los puntos de la ciudad, y en medio de las orgias carnalescas, los sacerdotes y los misterios de nuestra sacrosanta religion, remedadas nuestras ceremonias todas, y para colmo de monstruosidad, parodiada abominable y sacrílegamente, en medio del Corso, la procesion del *Corpus*. Escena tan

impía ha tenido lugar el domingo pasado en el centro de la capital del orbe católico, á vista de la policia que, no sólo no lo ha impedido, sino ¡quién lo diría! que ha usado la deferencia de apartar al pueblo, para que no estorbára á las máscaras en la realizacion de su obra infernal; innumerables comparsas habían invadido el Corso, provistos todos los individuos que las componían de su respectivo antifaz, y remedando de la manera más ridícula el traje de las cofradías, las vestiduras sacerdotales, los ornamentos sagrados y demás piadosos objetos destinados al culto religioso, sin olvidarse, por supuesto, la Cruz, ese adorable signo de nuestra Redencion, en la cual se había enclavado un Cristo horizontalmente, del modo más inconveniente, que iban incensando con *fiaschi* (botellas) de vino á vueltas de cantos sacrílegos. Semejante abominable parodia ha logrado abrirse calle por los sitios más concurridos de Roma, excitando por doquiera el horror y la aversion, sin encontrar por parte de la autoridad civil el menor obstáculo, á pesar de haberse promulgado pocos dias ántes un edicto en el cual se prohibía del modo más formal y terminante, que ninguna persona se disfrazára con traje militar ni eclesiástico. Harto se comprende que semejante prohibicion se había *dictado* por cumplir con una mera fórmula, pues en la práctica maldito el caso que de ella se ha hecho; siendo además de lamentar que, escenas tan impías como las susodichas, provocativas á indignacion por parte de todo verdadero católico, se hayan representado desgraciadamente en otras varias ciudades de Italia, en las que las ceremonias del jubileo, las indulgencias, los Sacramentos y hasta el santo sacrificio de la misa, han sido objeto de una ironía refinada. Es verdad que lo indigno de semejante conducta ha llegado á excitar las protestaciones más férvidas por parte de los católicos; y hoy mismo, convirtiéndose los presidentes de las varias sociedades católicas de Roma en intérpretes autorizados de sus conciudadanos, han dirigido, á quien de derecho toca, protestas de suma energía, por medio de las cuales no temen manifestar al orbe entero los católicos que la formulan, cómo la conducta observada en está ocasion por el gobierno italiano, por ese gobierno que proclamó á la cabeza de su Constitucion (*Statuto*), que «*La religion católica, apostólica y romana es la religion del Estado,*» tolera, no obstante, que esa misma religion que reconoce llegue á ser el escarnio y mofa de todo un populacho. En Roma se van á disponer rogativas públicas; así como solemnes funciones de desagravios, por tantos ultrajes y crímenes como se han cometido contra su Divina Majestad.

Por lo demás, sigue el gobierno italiano en su propósito de odio y exterminio hácia todo lo que de suyo es bueno y religioso, como la ley de supresion de las Órdenes monásticas. Cierta que las obras pías laicales no han sido comprendidas en el expolio; pero mucho

me temo sea llegada la hora en que se apropie el gobierno todos los bienes que pertenecen á dichas instituciones. No ignora usted que en Italia se da el nombre de obras pías laicales á los hospitales, hospicios de personas ancianas y niños huérfanos, hermandades y demás institutos destinados á aliviar á la humanidad paciente; parece lo natural que Víctor Manuel debía de comprender suficientemente su mision social, para abstenerse de usurpar el patrimonio de los pobres; pero no sucede así, dado que sus ministros le proponen el vender los bienes inmuebles de las obras pías, y convertir despues el metálico en rentas sobre el Estado. Ahora bien: todo el mundo sabe que las deudas que pesan sobre la Italia son tan crecidas á la sazón, que á nadie podría ocultársele la verdad de no poder ser aplicadas dichas rentas á su debido destino; esquilmando el país, no puede satisfacer siquiera los impuestos que se le exigen; y viéndose sin recursos de ningun género el gobierno, despliega con el mayor cuidado y el celo más exquisito cuantos medios se le presentan para apoderarse de la hacienda ajena. Existen en Italia 20.587 obras pías laicales, cuyo valor en bienes inmuebles asciende á un millar doscientos cincuenta y cuatro millones, y cuyo producto anual no baja de setenta; pues bien: aquel millar es lo que hace falta cabalmente para amortizar el papel creado por los Sres. Scialoja, Sellé y Compañía; y como quiera que asunto de tamaña importancia se está discutiendo con bastante calor en la actualidad, y el espíritu de los italianos de hoy es tan conocido, me temo no poco que, al tratarse de su resolucíon, no retrocedan ante el temor de destruir en su suelo las obras pías que á tantos desventurados servían de sosten y alivio.

Pero abandonemos tan funestas nuevas para tratar de otras más consoladoras á todo pecho cristiano. Y ante todo, me congratulo por poder manifestar á usted que la salud del sumo pontífice Pio IX, no puede ser mejor de lo que es, supuesto que desempeña las funciones de su ministerio con la energía, entereza y júbilo más completos, observándose que, hoy más que nunca, se apresuran á venir en persona los sacerdotes y obispos de la cristiandad á besar los piés de S. S., como tributo de cariño y adhesión al Vicario de Jesucristo. Con tal motivo podría citar á usted nombres ilustres y conocidos; mas límitome á darle cuenta hoy, más especialmente, de un prelado á quien acaba de distinguir el Papa, y es monseñor Ignacio Paoli, pasionista, obispo de Uricópolis y de Bucharest, el cual hace tiempo se encuentra en Roma con el objeto de tratar con la Sácra Propaganda de asuntos especiales de su vasta diócesis, cuya mision es una de las más difíciles é importantes. Pocos caerán en la cuenta de que cerca de nosotros, en el centro de Europa, hay países que no han menester ménos que la China y el Japon ser evangelizados, como sucede en Valaquia y Bulgaria, donde existen abandonadas multitud

de antiguas familias cristianas que ni siquiera saben que lo son, por cuanto há mucho tiempo que no ven un sacerdote católico, sucediendo frecuentemente que el obispo de Bucharest se encuentra con miles de individuos que apenas conservan una idea vaga de las santas prácticas de nuestra religion, y que, áun cuando bautizados por presbiteros del rito griego (*Popes*), viven en la ignorancia más completa de cuánto atañe al cumplimiento de sus deberes; pues bien, salir al encuentro de tantos desgraciados para venir en su ayuda, son las aspiraciones de monseñor Paoli. Figúrese usted que este santo prelado se halla totalmente privado de recursos, y que ha de subvenir al mantenimiento de miles de individuos á quienes espera atraer al servicio de Dios; y como quiera que su vasta diócesis se halla sin iglesias ni casas religiosas, y que la ciudad de Bucharest, que cuenta ya por sí sola más de 25.000 católicos, no tiene sino un solo templo, y ese pequeño, pobre y desnudo, de ahí que Pio IX ha consagrado un interes especial al remedio de tan graves y urgentes males, llevando su generosidad hasta el punto que sus recursos se lo permiten, y á cuyo noble pensamiento se asocian actualmente Italia, Francia, Bélgica y Alemania, enviando sus donativos á monseñor Paoli, que reside en Roma, y seguirá morando por algun tiempo en el convento de los Pasionistas, sito en el Monte Cœlius.

Alemania. Esta nacion continúa luchando contra la Iglesia y persiguiendo á sus fieles. Muy quebrantado se halla en su salud el canciller Bismark; pero esto no quita el que se entregue á sus ideas malévolas hácia la religion católica, á la cual ataca sin intermision por sí ó por medio de sus satélites. A cada instante recibo noticias de algun nuevo atentado cometido en persona de algun ministro del Señor, habiendo ocurrido la semana pasada que no tuvieron el menor reparo en entrar unos guardias en la iglesia, á tiempo que se hallaba un sacerdote dando la comunión á los fieles dentro del santo sacrificio de la misa, con el objeto de prender á aquél, como en efecto lo hicieron. Horrorsa es por demás la estadística que presenta la persecucion anti-católica; y tanto es así, que una revista católica alemana sumaba ya en el mes de Noviembre pasado cerca de 2.500 arrestos ó expulsiones llevadas á cabo en los diez primeros meses de 1874 por la justicia prusiana en contra de los sacerdotes católicos ó de los seglares que se hallaban comprometidos en la defensa de la Iglesia. En igual época contaba el arzobispo de Posen 291 dias de prision; 117 su vicario general; 109 el obispo de Padesborn, hallándose encerrado todavía este prelado en la ciudadela de Wesel; el obispo de Tréveris cuenta igualmente 260 dias de encierro, y el arzobispo de Colonia 192; habiéndose aumentado considerablemente dichas sumas desde el mes de Noviembre hasta la fecha, y siendo incalculable el guarismo á que ascienden los sacerdotes desterrados ó encarcelados. Pero si desgraciadamente nos vemos en el imprescin-

dible caso de tener que consignar tan implacable odio hácia la Iglesia del Crucificado por parte del gobierno alemán, también nos cabe la satisfacción de hacer público y patente que no faltan rasgos de heroísmo y verdadera abnegación entre los ministros de esa misma Iglesia, para quienes, como esclavos del deber ántes que todo, y así lo demuestran sus actos, poco ó nada significan las prisiones ni las amenazas. Sirva de ejemplo de lo dicho lo que acaba de pasar con M. Jacobs, cura de Faulquemont, en la Lorena, con motivo de negarse á entregar las llaves de su parroquia á un prusiano que así se lo requería.

Visto por éste que toda su insistencia era infructuosa, se da órden al digno cura para que comparezca ante el mayor Fritz de Vilhem, el cual le dice:—«Cura, vas á entregarme inmediatamente las llaves de tu iglesia, ó de lo contrario...»—«Mayor, permitidme una palabra no más,» replicó el sacerdote. «Cuéntase en la historia de Grecia como hubo en la batalla de Salamina un ateniense que logró asirse con la mano derecha á un navío; habiéndole sido cortada ésta, se agarró á él con la izquierda; perdida la cual, se valió de sus dientes sin abandonar la nave mientras se halló con vida. Pues bien: otro tanto me hallo dispuesto á hacer con motivo de las llaves que me pedis; porque si me cortais la mano derecha, las cogeré con la izquierda; y tronzada ésta, las asiré con los dientes sin soltarlas como no sea con el último aliento: conquese, así, elegid, mayor, entre dejarme en posesión de mi iglesia, ó matarme.»

A todo esto no hacía otra cosa el mayor que pasearse de un extremo á otro de la sala, haciendo retumbar el suelo con sus espuelas y el filo de su sable, encendido por la cólera, y preocupado por la indecisión en que le colocaba la resistencia que le oponía un humilde sacerdote; y como viese que tal actitud en nada influyera para que éste variase de conducta, ántes al contrario, que seguía manteniéndose en completa impasibilidad, tuvo la feliz ocurrencia de decirle al fin:—«Retíraos, cura, pues sois un buen francés.» Mejor hubiera hecho en decirle: *Pues sois un buen católico.*

Ya habrá sabido usted por medio de los diarios la promulgación definitiva del matrimonio civil en Alemania, con cuyo motivo han dirigido al Rey los obispos bávaros una protesta respetuosa cuanto enérgica, en la que tienden á rechazar tan indigna ley. Dicha protesta llegó tarde por desgracia á sus manos, y así no podía invalidar una disposición del Código general, sancionada por el Parlamento del imperio, y aceptada por el Consejo federal; pero han creído obrar los prelados alemanes dentro de la órbita de su deber con prevenir al Estado que la senda que han escogido no puede ser más funesta, en el supuesto de que todo cuanto pueda atacar á la constitución cristiana de la familia, compromete al propio tiempo la seguridad de los Estados. Dicha protesta es pacífica, pero enérgica y terminante á

la vez; y conste esto como una acusacion más al Gobierno que no teme asumir la responsabilidad de leyes tan criminales como las que acaba de promulgar. — O. H.

(Por falta de espacio no insertamos hoy tampoco en este lugar la prosecucion de los documentos de Cartagena, á pesar del aumento de ocho páginas).

CRÓNICA Y VARIEDADES.

EL DEDO ÍNDICE DE LA MANO IZQUIERDA.

FÁBULA.

Quando, por un motivo harto ligero,
desechó á Doña Vasthi Don Asuero,
sus ministros, en sábia controversia,
decretaron hacer en toda Persia,
leva de señoritas
de cualquier condiccion, siendo bonitas,
de quienes á placer, con libre mano,
se adjudicara novia el Soberano.
Fué la recoleccion tan poco parca,
que se hartó de ver niñas el Monarca,
y limitarse quiso,
por superior y celestial aviso
(resolucion extraña, pero cuerda),
á verles sólo la manita izquierda.
Pasaban á un salon las elegidas,
y ante dos cortinajes detenidas,
alargaban la mano al Rey oculto,
que mirándola á bulto,
se dejaba decir con desenfado:
«Visto, bueno; enterado.»

Entre cortina, pues, y entre cortina,
zurda una vez apareció divina
(ojo: — trasposicion esto se llama);
que en amoroso ardor al Rey inflama;
y el un velo del otro separando,
absorto queda ante sus piés mirando,
portento de modestia y hermosura,

la adorable arcángelica figura
 de Ester, por mano del Señor electa,
 en virtud y beldad virgen perfecta,
 para ser en el día de amenaza
 la feliz salvadora de su raza.
 Entusiasmado el Rey y enternecido,
 y entre dos dedos manteniendo asido
 el de la hermosa Ester índice izquierdo,
 « La prediccion recuerdo,
 la prediccion me cumples (repetia),
 que un profeta de Dios hizome un día:
 « Tendrás consorte de virtud colmada
 y de rostro y de tino sobrehumano,
 si la doncella eliges, que no tema
 dejarte ver, en su siniestra mano,
 maltratada del índice la yema.»
 Tu amante Rey ansioso te pregunta
 ¿ qué hizo este pobre dedo por la punta,
 que algo se me presenta deslucido,
 por parecer estar como roido?

Responde Ester modesta:

« Fácil es la respuesta,
 Señor, que darte puedo.

Esto es que en mi labor me coso el dedo.—
 Tú eres la compañera peregrina
 (exclama el Rey), que el cielo me destina.
 Él ha querido que mi esposa fuera,
 sobre insigne beldad, gran costurera.
 Recibe ufana la real corona,
 que tus méritos altos galardona.»

Esto, que dicho así, parece cuento,
 no consta en el Antiguo Testamento.
 Hállase en un escrito de aljamía,
 y á fábula, de allí, se le reduce.
 Mas la verdad en ella se trasluce
 en medio de arabesca fantasía,
 y es útil documento
 para dar su valor entre cristianos
 á la buena mujer de buenas manos.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Recuperacion del San Antonio de Murillo. Nuestros lectores verán con gusto la siguiente relacion, en que se dá cuenta de cómo ha sido recibida en Sevilla la imagen de San Antonio de Pádua, robada hace algunos meses, del cuadro de Murillo, propiedad del Cabildo de

aquella santa iglesia metropolitana, segun la publican los papeles periódicos de aquella capital:

«A la una y media de la tarde salió del gobierno civil la caja que contenia el San Antonio de Murillo. Conducida por cuatro criados, era custodiada por el inspector de policía de Cádiz, Sr. Hessel, y varios guardias de orden público y municipales, acompañándola un inmenso gentío, que aumentaba á cada paso.

El Sr. Bethencourt, gobernador civil interino de la provincia, se dirigió á la catedral, acompañado de los Sres. Gonzalez Alvarez y Buiza, como representantes del municipio, y del Sr. Marco, juez que entiende en la causa formada á consecuencia del robo del mencionado cuadro. En el templo esperaban los concejales Sres. Segovia, Dominguez, Asensio, Ruiz de Bustillo y Sr. Salvatella, secretario de dicha corporacion. Tambien vimos al Sr. Lamarque de Novoa, diputado provincial, jefe de Fomento, Sr. Martinez, escribano del juzgado referido, y Sres. D. Francisco y D. Manuel Cabral Bejarano, peritos que, como intervinieron en el reconocimiento del cuadro cuando fué mutilado, iban á examinar el trozo devuelto para atestiguar ser el mismo sustraído.

El cuadro penetró en la iglesia por la puerta del Lagarto, saliéndolo á recibirle el señor Dean, Provisor y varios señores Canónigos.

Conducida la caja á la sacristía mayor, donde sólo penetraron las referidas personas y varias otras sin carácter oficial, se cerró la cancela, quedando de la parte de afuera un numeroso gentío, que, á pesar de lo lluvioso del día y del malísimo estado de las calles, se habia apresurado á ir al templo, para ver regresar á una de sus principales maravillas.

Tendido el cajon sobre el pavimento y rodeado de personas que con ávida mirada esperaban ver levantar su tapa, comenzaron los operarios á sacar los tornillos que la sujetaban. Sobre la referida tapa habia escrita con tinta negra la siguiente inscripcion:

«PER STEAMER CITY OF VERACRUZ.

S. D. PEDRO HERNANDEZ.

(A. Z.)

HAVANA.»

Levantada la tapa apareció el cuadro por su parte posterior, que se encuentra forrada de un lienzo blanco con rayas azules, como de un centimetro de ancho. El marco es de madera tosca y sin pintar por esta parte; la que deja al descubierto por su frente lo está de negro.

Quitado el paño blanco con que venia cubierto el cuadro, apareció la magnífica figura del santo ante los conmovidos espectadores.

El lienzo ha sido recortado por su parte superior y lateral, habiendo quedado reducidas sus dimensiones en la actualidad á un metro 78 centímetros de alto por 1'82 de ancho, y perdido de su tamaño 7 centímetros de alto y 10 de ancho.

Ni el pié ni las dos manos del santo han sufrido deterioro; pero sí la cara, que presenta varios desperfectos, así como el cuerpo y manga del hábito; estos últimos de muy fácil restauracion.

Felizmente no ha sufrido la pintura el daño que nos habíamos figurado, y en manos hábiles pronto pueden volver las cosas como estaban, sin que sea fácil conocer su actual deterioro.

Para calmar la justa ansiedad del público se hizo acercar el cuadro á la verja de la capilla, y el pueblo prorumpió en vítores y exclamaciones de júbilo, fáciles de comprender donde tanto abunda el sentimiento religioso y artístico.

Evacuada la capilla por los que no iban de oficio, se procedió por el señor juez á levantar el acta, siendo despues conducido el cuadro á su capilla, y colocado, primero ocupando su correspondiente lugar para completar su identidad, y despues sobre el altar para que pudiera ser admirado por todos.

Esta idea oportunísima mereció á sus autores grandes elogios.

Abiertas las puertas del templo se vió éste invadido por una inmensa muchedumbre, que no se cansaba de examinar tan grandiosa obra de arte.

No dudamos que el Cabildo, interpretando los ardientes deseos de la poblacion, dejará el santo en su capilla mientras tanto se procede á su restauracion, pudiendo tomar cuantas medidas crea convenientes para su seguridad; en lo que es indudable se verá ayudado por las demás autoridades.

Gran satisfaccion resplandecia en el semblante de cuantos presenciaron los hechos relatados, y á no pocos se les saltaron las lágrimas de emocion: por nuestra parte podemos asegurar que hace mucho tiempo no hemos tenido horas de más grato placer.

Entre los que tomaban nota de lo que ocurría estaba un corresponsal del *Dayli-Telegraphe*; periódico de gran circulacion en Inglaterra.»

Despues de este consolador relato, añadiremos que en los papeles diarios de Madrid hemos leído con placer lo siguiente:

«La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando ha acordado ofrecer al Cabildo de la catedral de Sevilla el envío de una comision, compuesta de individuos de su seno, con objeto de dirigir y aun tomar á su cargo, si preciso fuese, la restauracion del cuadro de *San Antonio* de Murillo, la cual debe llevarse á cabo por personas de reputada aptitud artistica, que ofrezcan garantías de buen éxito. A éste propósito ha dirigido una extensa y razonada comunicacion al señor ministro de Gracia y Justicia.»

Nuevo donativo para las Bibliotecas Parroquiales.—El señor don Nicolás María Serrano, ha tenido la bondad de remitirnos 72 ejemplares del *Catecismo* de Ripalda y otros tantos del padre Astete, ambos ampliados por dicho autor, destinados á las Bibliotecas Parroquiales. Los ofrecemos á disposicion de éstas, y á la vez damos las gracias al señor Serrano por su donativo.